

BOLSILEROS BRUCUERA



Curtis GARLAND

¡GRITA, GRITA, AMOR!





eb

CURTIS GARLAND

**¡GRITA,
GRITA, AMOR!**

Colección LA HUELLA n.º 56
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B 39127-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: diciembre, 1975

© Curtís Garland - 1975

© Cubierta: Salvador Fabá - 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

PRÓLOGO

—... Y por tanto, este Tribunal te condena, por asesinato en primer grado, a la pena de muerte, que se cumplirá en el plazo máximo de diez días, en la prisión del Estado. Sherman Voss, conforme prescriben las leyes británicas, serás colgado del cuello hasta morir, en la fecha definitiva que señale la Justicia en su momento. Este juicio ha terminado.

Un golpe de mazo del muy honorable magistrado del Alto Tribunal inglés, remachó el proceso por asesinato, seguido contra Sherman Voss durante aquellos apasionantes días en que la opinión pública se dividiera a favor o en contra del alto, joven y arrogante procesado.

Fuera de Old Bailey, grupos feministas portaban pancartas pidiendo el ejemplar castigo del asesino de una mujer. Los carteles eran significativos:

**¡JUSTICIA PARA EL CRIMINAL QUE DESTRUYO A
UNA MUJER!**

¡PENA DE MUERTE AL ASESINO!

¡COLGAD AL CULPABLE!

**¡JUSTICIA PARA LAS MUJERES SACRIFICADAS POR
MONSTRUOS COMO SHERMAN VOSS!**

Dentro, en Old Bailey, la voz de un hombre que, erguido, pálido pero sereno, había escuchado la sentencia definitiva, se elevó con tono agudo, vibrante, que retumbó en toda la sala de muros y techos de madera:

—¡Es una infamia! ¡Maldigo a la justicia que no sabe serlo! ¡Soy inocente! ¡SOY INOCENTE, lo juro! ¡No soy culpable de ese crimen! ¡Cometéis un terrible error que sólo Dios puede teneros en cuenta! ¡Jueces ineptos, justicia indigna y torpe!

Jueces, testigos, abogado y fiscal contemplaron sorprendidos el alegato insultante de aquel hombre que, durante todo el proceso, se mantuviera frío e inexpresivo, como ausente, quizá esperando que su presunta inocencia quedase probada finalmente, con una sentencia absolutoria.

Ahora, sabida su suerte definitiva, rompía esa apariencia de serenidad y arrogancia, para lanzar improprios violentos sobre el tribunal. Los solemnes hombres de peluca blanca y oscura toga, cruzaron entre si miradas de disgusto ostensible. Los agentes encargados de la custodia del reo le rodearon, arrastrándole consigo hacia la puertecilla de comunicación con los calabozos del Palacio de Justicia.

—¡Soy inocente! —seguía aullando Sherman Voss casi rabiosamente, forcejeando entre sus guardianes—. ¡Juro que soy inocente! ¡Vosotros seréis los asesinos al condenarme a una muerte injusta! ¡Vuestra conciencia os lo reclamará, no lo dudéis! ¡Vosotros y esos testigos indignos, capaces de mentir para no complicarse ellos en nada! ¡Todos deberíais pagar vuestra iniquidad! ¡Y juro ante Dios que si soy ejecutado por algo que no cometí, vosotros todos pagaréis vuestra infamia! ¡Juro que mi espíritu volverá de entre los muertos para haceros pagar este crimen a sangre fría! ¡La Justicia británica y los que me enviáis al patíbulo, responderéis con vuestras propias vidas de esta ruindad! ¡Cerdos, cobardes, monstruos inicuos...!

Se perdieron sus alaridos tras la puerta que se cerraba herméticamente. El abogado, algo pálido, recogía sus documentos con lentitud. Su mirada se cruzó con la del fiscal, al tiempo que se despojaba cansadamente de la blanca peluca de ritual en los tribunales británicos.

—No lo comprendo —murmuró.

—¿Qué es lo que no comprende? —indagó el fiscal, arrugando el ceño, tras cerrar su propia cartera.

—La reacción de Voss... Siempre se ha comportado fría, serenamente. Estaba seguro de que se le haría justicia. Y de repente,

se ha desmoronado...

—Ocurre a veces —suspiró el fiscal—. Pero no siempre del mismo modo. Personalmente, y tratándose de un reo de la educación y cultura de Sherman Voss, es la primera vez que oigo semejantes insultos ante un tribunal. Eso le perjudicará mucho incluso en su apelación al Ministerio de Justicia y a Su Majestad, la Reina, para solicitar el indulto de la pena capital sobre su defendido, amigo mío.

—Lo sé —el abogado bajó la cabeza, perplejo—. Lo raro es eso...

—¿Qué es lo raro?

—Que apenas escuchó la sentencia... mi defendido me ha prohibido taxativamente que presente cualquier solicitud de gracia ante el Ministerio o ante Su Majestad.

—Pero eso no es posible. Usted está moralmente obligado a hacerlo... Quizá cambie de idea.

—Lo dudo mucho. Lo dije con una extraña serenidad. Por eso me ha sorprendido más su reacción final, sus exabruptos... No puedo entenderlo, la verdad.

—Imagino que, de todos modos, presentará usted esa apelación.

—Sí, claro que lo haré. Pero sin permiso suyo. No es un procedimiento ortodoxo, por supuesto. Pero en conciencia debo actuar así, colega.

—Desde luego. De todos modos, creo que es culpable. Y no porque yo sea el fiscal. Ya ha oído usted a los testigos. Hay cuatro de ellos, especialmente, que no dejaron lugar a dudas. Sus testimonios fueron decisivos en el ánimo del tribunal, creo yo.

—Sí, opino lo mismo. De los cuatro testimonios clave, tres fueron demoledores. Tres auténticas acusaciones, capaces de aniquilar a cualquiera. Incluso yo mismo, que había preparado el caso, me sentí sorprendido por su firmeza.

—Le aseguro que no respondía a maniobra alguna de mi parte. Cuando anda por medio una solicitud de pena capital, procuro ser totalmente honesto.

—Lo sé. No culpo de nada al ministerio fiscal. Ni al tribunal tampoco. Todo ha sido justo, creo yo. Al menos, ateniéndonos a los testimonios de esas personas... Si ellas mintieron... como dijo Voss, que Dios les juzgue.

—Sería horrible imaginarse algo así —rechazó el acusador con

gesto enérgico—. Hubiera sido como ocupar el puesto del verdugo en esta ejecución. Una sola persona puede sentenciar a muerte a un hombre, pero tres a la vez... No, no lo creo. Él tuvo que ser quien matara a Rosemary Harris, estoy seguro. Aunque, naturalmente, no puedo esperar que usted piense lo mismo, como abogado suyo. Bien, colega. Siento que haya perdido el caso, porque ello significa una ejecución más. Y personalmente, no soy partidario de la pena capital. Pero la ley está así escrita, y hay que aceptarla, con todas sus consecuencias.

Abandonó el fiscal la sala. El abogado, tras su fracaso en la defensa de Sherman Voss, fue el último en salir de la misma. Lo hizo lenta, cansadamente. Al hallarse fuera, en medio del torbellino de reporteros, personas que discutían la justicia o injusticia del fallo final y testigos, policías y personas asistentes al proceso recién concluido, sus ojos se fijaron, mecánicamente casi, en tres rostros. En tres personas.

Los tres testigos. También los ojos de aquellas personas se fijaron en él, instintivamente casi. Fue un cruce de miradas tensas, hostiles mutuamente. Fueron testigos de la acusación, ciertamente. Pero jamás hubo peores testigos de cargo, pensaba el abogado amargamente. Sus palabras enviaron directamente a su defendido al patíbulo.

Los ojos de aquellas personas se desviaron antes. No tuvieron valor para resistir la mirada fría y hosca del abogado defensor. Éste, en silencio, se alejó hacia las escaleras de Oíd Bailey. Con su cartera colgando de la mano. Con su aire vencido, roto.

Dentro de las celdas, un hombre esperaba el cumplimiento de una sentencia que consideraba injusta pero contra la que no quería apelar, renunciando al derecho que le concedía la ley.

Y su abogado se preguntaba si, realmente, fue él la persona que abrasó a una mujer, a Rosemary Harris, en el incendio provocado de un pequeño y lujoso yate.

Cuando menos, y si no había un milagro, ése iba a ser el motivo de que un hombre fuese colgado de una soga en el patíbulo, si antes no se llegaba a abolir la pena capital en Gran Bretaña.

* * *

La pena capital había sido abolida, finalmente.

Pero Sherman Voss no tuvo suerte. Quizá ni siquiera la esperaba o la buscaba. Hacía un mes que fuera ejecutado en el cadalso, en cumplimiento de la sentencia del Alto Tribunal de Old Bailey, por el delito de asesinato en primer grado, cuando la pena de muerte fue suprimida en Inglaterra.

La apelación del abogado, hecha sin consentimiento expreso del reo, fue denegada por el Ministerio de Justicia. Tampoco Su Majestad creyó oportuno conceder el indulto. Y ése había sido el fin de la historia para Sherman Voss, ahorcado una fría y brumosa madrugada londinense, en el patio de ejecuciones de la prisión.

Un breve documento, escrito por el reo momentos antes de su muerte, fue dado a la publicidad en los diarios londinenses, por expreso deseo del ejecutado, ya que ésa había sido su última voluntad y fue preciso respetarla en todos sus términos.

El propio abogado, previo asentimiento del Ministerio de Justicia, aunque un poco a regañadientes concedido, fue el encargado de entregar a la Prensa la carta abierta del hombre recién ahorcado. Una carta breve y extraña, dirigida a destinatarios sin nombre. Pero que el defensor de Voss creía saber de quiénes se trataba:

«CARTA DE SHERMAN VOSS A TRES PERSONAS QUE SE SABRÁN ALUDIDAS»:

«Cuando esto se publique, habré sido ahorcado ya. No importa mucho. Cierto que tuve un arranque de rabia y de impotente ira al saber mi suerte final. Pido perdón por ello. No debí perder la calma. Pero no me arrepiento de cuanto dije. La Justicia se ha equivocado. Los jueces tendrán que rendir cuentas alguna vez por su error. Allá ellos con su conciencia.

»Pero no fue toda su culpa. Vosotras, las personas a quienes me dirijo, sabéis que no. Vuestra declaración fue culpable de todo. Mentisteis. Fría y deliberadamente. Fue la más cínica, espantosa y vil de las mentiras. Un perjurio que yo acuso desde la tumba. No espero que haya justicia

humana alguna que os condene. No será preciso. Mi acusación os seguirá como una maldición. Sé que, de alguna forma, iréis pagando, una a una, vuestra culpa inicua. Sé que sucederá así. Y a medida que cada uno rinda cuentas por sus actos, las demás personas señaladas en esta carta se asustarán. Y sabrán que están sentenciadas igualmente.

»Tal vez, si existe esa otra vida de que se habla, ello me sea posible a mí mismo. He leído libros en los que se afirma que los muertos vuelven de ultratumba. Creo en ello. Creo que volveré. Y en ese caso, temblad. Temblad, porque mía será la venganza. Y espero que resulte tan sangrienta como vuestra sucia mentira asesina.

»Hasta pronto.

»Sherman Voss, ejecutado».

Fue una carta muy comentada. Pero ningún reportero pudo hallar a sus destinatarios. Las personas que todo el mundo creía saber eran destinatarias de la misiva póstuma, casi de ultratumba, habían desaparecido de Londres. E incluso de Inglaterra, al parecer.

Un reportero sensacionalista, muy conocido por su afición a escribir sobre espiritismo, exorcismo y temas macabros, se permitió el lujo de un titular que, sin duda, a alguien llegaría a inquietarle mucho más que cualquier otro comentario:

«PARA LOS MUERTOS, DICEN QUE NO HAY TIEMPO NI DISTANCIA. ESTÉN DONDE ESTÉN, ¿NO ES CIERTO QUE LA VENGANZA DE UN DIFUNTO ALCANZARÁ A TRES TESTIGOS PERJUROS?».

CAPÍTULO PRIMERO

SANGRE EN SAN REMO

Melissa Miles estaba asustada.

Acababa de averiguarlo ahora mismo. Aquella misma noche. Lo cierto es que no sabía cómo advertir a alguien de lo que sucedía. Cómo salir de aquel lugar de alguna forma. No es que se sintiera en una prisión, ni mucho menos. Pero a veces, hasta un paraíso puede convertirse súbitamente en un terrible cepo de terror y de muerte.

Miró a su alrededor. Palmeras, arena dorada, balaustradas, jardines, edificios iluminados, cielo estrellado, fuegos artificiales en la distancia... Todo lo que puede concederle a uno el placer íntimo de sentirse en un bello paraíso donde todo es hermoso y apacible.

Y, sin embargo...

Sin embargo, para ella empezaba a ser prisión. La peor de las prisiones imaginables. Porque una mujer en traje de noche, en medio de una fiesta, rodeada de personas de brillante posición social, siendo ella la propia anfitriona del *happening*, ¿cómo puede eludir a todos y a todo, escabullándose del lugar sin ser vista ni advertida? Era virtualmente imposible. Entre otras cosas, porque llevaba encima costosas joyas. Esmeraldas, diamantes, oro, platino, rubíes... Y esa clase de alhajas necesitan vigilancia especial. Vigilancia que en cierto modo recaía así de rechazo en ella misma, ya que era la propietaria y portadora de las preciosas gemas.

Detectives privados. Hombres encargados de controlar la seguridad de tales prendas. Pero ¿quién había contratado a tales agentes particulares? La sola respuesta era suficiente para Melissa Miles.

Su marido.

Su muy amado esposo. El hombre brillante que era la admiración de todas las relaciones sociales de los Miles. ¿Quién podría sospechar nada horrible de él? ¿Quién admitiría que el muy simpático, inteligente, ingenioso y jovial Howard Miles podía ser... un asesino?

Melissa miró en torno con angustia. Había estado intentando salir de aquella zona de frondosos jardines. Se paró en seco. El hombretón aparecía allí, junto a las palmeras y los escalones de la salida. La verja estaba cerrada. Descubrió su sonrisa obsequiosa, cortés, al reconocerla. Incluso hizo una inclinación de cabeza hacia ella. ¿Era imaginación suya, o en el gesto de rudo hombretón enviado por la agencia de detectives, captó fugazmente una expresión burlona, como de ironía o sarcasmo?

Retrocedió vivamente. Regresó a las luces, la piscina, los setos y los grandes macetones con palmas. Allá lejos, sobre el casino y la alameda marítima, estallaban en flores reventonas de mil colores los fuegos de artificio. Alrededor de la gran piscina en forma de trébol, parejas en *smoking* y traje de noche, reían, bebían, brindaban o se hacían discretamente el amor. Como fondo, en la noche, San Remo era una especie de guirnalda de luces policromadas, reflejándose en el espejo negro de las aguas.

Un hermoso lugar. Un paraíso, sí. Y un infierno también. Una dorada jaula. Tocó sus gemas, colgando de sus orejas, de su cuello, de sus muñecas. Una fortuna en joyas. Y detectives alrededor, para evitar la presencia de un delincuente atraído por el señuelo peligroso de las piedras y las monturas de oro o platino.

¡Un delincuente! Casi le hizo sonreír, aunque lo último que conservaría en ese momento Melissa Miles sería su sentido del humor. Un delincuente... ladrón de joyas. No, no era ya eso lo que temía. Howard, sí. Howard había insistido en ello repetidamente:

—Querida, es preciso. No debes confiarte lo más mínimo. Ni siquiera de nuestros más distinguidos invitados. Nadie es de fiar en nuestros días. Piensa que el mundo social en que vivimos, no siempre responde en sus apariencias a la realidad que oculta. Los ladrones de guante blanco son habituales en la Riviera y en la Costa Azul, como pueden serlo en todos los lugares de lujo del mundo. El más elegante, mundano y distinguido caballero, puede ser un

ladrón. La más hermosa, distinguida y educada de las damas, puede ser su cómplice... o una ratera del sexo femenino, que también las hay, y muy inteligentes y escurridizas. Créeme, querida. Yo nunca fui un hombre de fortuna, pero me moví en estos círculos y sé lo que digo. No te fíes de nadie. Absolutamente de nadie.

Todo eso, Howard lo había dicho entre indiferente y preocupado, con aquella adorable mezcla suya de hombre trivial y a la vez profundo, que le hacían tan seductor para cualquier dama, empezando por ella misma. Sí. Se había casado con Howard por esa razón. Porque la sedujo desde un principio con su encantadora personalidad.

Y ahora...

Ahora, palabras sueltas, frases pronunciadas por el propio Howard, llegaban a su mente como repetidas por unos ecos maléficos e irritantes:

—«Nadie es de fiar en nuestros días... No te fíes de nadie. Absolutamente de nadie...».

Ya, ni siquiera podía fiarse de él. Howard...

Después de lo que había averiguado, se sentía más cautiva que nunca en aquella dorada jaula que era San Remo. Y, sobre todo, su propiedad en la Riviera. Su hermosa finca, orgullo de los Miles, atracción de sus amistades y visitas, podía ser como un cepo, súbitamente. Un cepo de angustia. Quizá de muerte.

Muerte.

Una terrible palabra. Un espantoso dilema. Su dilema. Algo que no podía revelar a nadie. Por la sencilla razón de que nadie la creería.

Era preciso salir de allí. Sobre todas las cosas, lo mejor era salir. Abandonar la casa, buscar algún sitio seguro, lejos de ella... lejos de Howard. Pero ¿cómo? ¿A quién podía confiarle sus temores? La tomarían por demente, por enferma acaso. No tenía amigos. Los amigos eran sólo invitados, visitantes, relaciones de su vida social, simplemente. Gente que haría más caso a Howard que a ella misma. Si eran mujeres, porque él las fascinaba, las seducía. Ninguna querría pensar siquiera que él fuese... un asesino.

Ellos, los hombres, porque se sentían prendidos en la sutil red de araña de la simpatía, cordialidad y mundana desenvoltura del admirado Miles.

Los detectives privados que guardaban la casa... ¿no serían, quizá, hombres pagados por Howard para impedirle salir de la casa, si lo pretendía ella de alguna forma? Ese temor iba afianzándose en su ánimo, y la convencía por momentos de que no había escape posible. De que estaba cogida, virtualmente, en un auténtico cepo. En una trampa. En un lugar mortal.

Claro que aún quedaba una solución. Y tenía que intentarla.

El teléfono. La policía.

Si disponía de tiempo, de ocasión, quizá pudiera demostrar la verdad sobre Howard, su amante esposo. El hombre brillante, admirado y envidiado... que se movía por el alto mundo social y económico sin tener realmente un céntimo. Pero dotado de ingenio y de condiciones capaces de proporcionarle un rápido ascenso en cualquier estrato humano. Ahora sabía que había algo más de lo que todos conocían sobre Howard.

Era un hombre rico en virtudes mundanas. Lo tenía todo para triunfar en la vida. Y carecía de algo que puede ser el mayor freno para ese triunfo en la misma vida: escrúpulos.

Howard no sabía lo que eran frenos morales. No tenía conciencia. Sólo una perfecta computadora en su mente, para calcular lo más adecuado y ventajoso. Luego, su bella máscara varonil, hacía el resto. Y tenía toda posible victoria al alcance de su mano.

Melissa Miles miró hacia las ventanas iluminadas y las puertas-balcón de la gran terraza de la planta baja. Allí estaban todos los invitados. O casi todos, ya que otra masa de personas rodeaba la piscina en la cálida noche. Pero dentro se veían las mesas de canapés, de bebidas, con el servicio, muchos invitados, tomando copas o comida, y algunos charlando en el umbral, frente a la noche y las plantas de aromáticos efluvios.

Era difícil llamar desde allí. Ruidos, curiosos, posiblemente detectives alerta...

Elevó los ojos un poco más. La segunda planta. Ninguna ventana iluminada. No, no era cierto. Había una a media luz. La biblioteca. Un buen lugar para usar el teléfono. A estas horas no habría nadie allí. Quizá tuviera suerte... y la policía italiana recibiera su mensaje. Ellos no tendrían prejuicios. Eso esperaba. Un policía no tenía por qué sentirse impresionado por la personalidad de Howard.

Después de todo, ella era la dueña del dinero. La propietaria legal de la finca. La persona realmente rica e influyente. Pero... pero todo eso sería de Howard cuando... cuando ella muriese.

Cuando ella muriese. Sintió un escalofrío.

—Dios mío... —musitó, avanzando entre sus invitados, repartiendo sonrisas forzadas, que esperaba resultaran lo bastante convincentes, en especial por si Howard o alguno de los detectives privados la espiaban a distancia—. Espero que no llegue a suceder eso... Espero que no ocurra... lo peor.

Había entrado ya en la casa. Subió dos escalones que conducían a la sala, bajo las luces radiantes. Repartió saludos corteses y fríos a todo el mundo. Siguió adelante, en dirección a la amplia escalera ascendente. Interiormente iba pensando que lo lograría. Iba dejando atrás a la gente. Iba caminando, paso a paso, hacia su objetivo.

La escalera... Luego, la planta alta. Y en ella, en alguna parte... la biblioteca. Y en la biblioteca, el teléfono. Una simple llamada. Un minuto. Acaso dos. Y todo podía evitarse. Avisaría a la policía italiana. Haría una denuncia. Con ella por medio, Howard no se atrevería a nada. No querría correr riesgos. Su proyectado delito sería imposible.

El pensaría, por supuesto, que siempre había la posibilidad de llevarlo a cabo en otro lugar, en otro país. Ellos eran gente que viajaba. Pero Melissa tenía ya sus propios planes al respecto. Planes firmes, urgentes.

El divorcio, sería el primer paso. Demanda de divorcio. No le importarla tener que indemnizar a Howard, si no había otro remedio. Lo que importaba era salvar la vida, aunque fuese a riesgo de perder algún dinero. El dinero no importaba demasiado, mientras a cambio de él se obtuviese la seguridad. No sabía exactamente cuál era su actual fortuna. Pero hubiera dado gustosamente un millón de libras, de haberlas poseído, a cambio de la garantía de seguir viviendo.

Un paso. Otro. Otro más. Ya alcanzaba la escalera. Era como uno de esos *travellings* cinematográficos del cine de «suspense», tan de boga algún tiempo antes. Pero ahora no se trataba de un efecto para impresionar a ningún espectador. No era una cámara la que avanzaba, sino ella misma. No era un objetivo fílmico, sino sus ojos, los que estaban fijos en la escalera...

Pudo llegar a ella. Puso la mano en la barandilla, sobre la bola de piedra en que se iniciaba la balaustrada...

—No, por favor, señora Miles... No puede dejarnos ahora...

Se estremeció. Sus dedos se crisparon sobre la bola. Giró la cabeza. Miró con disgusto a quien hablaba. Se encontró con un rostro vulgar, sonriente, amable, con un par de copas de burbujeante champaña, una en cada mano del hombre vestido de impecable *smoking* azul celeste, sobre camisa de seda rizada y corbata de terciopelo azul cobalto.

—Por favor —rogó—. Es sólo un momento. Tengo algo de jaqueca.

—No, no, señora Miles. No puede irse... sin aceptar una copa de champaña.

—Más tarde —sonrió forzosamente—. Prometo tomarla de su mano... dentro de cinco minutos. Debo subir a tomar un comprimido. Sólo un momento, palabra.

—Yo llevo aspirinas...

—No, gracias. El doctor me recetó algo especial para mis jaquecas —mintió fríamente Melissa—. Lo tengo arriba. Será un instante... Por favor...

Logró desasirse del pelma de tumo con una última sonrisa obsequiosa. Subió con rapidez las escaleras. Pero no demasiado deprisa. No a la carrera, por si era observada. Si alguno de los detectives estaba apostado arriba, quizá todo fracasara. Esperaba que no fuera así. No había motivo para poner vigilancia en los pisos de la casa.

Afuera, se percibía el estampido de los cohetes, reventando en dibujos de mil colores, iluminando la bahía, la vista costera, la ciudad apacible de San Remo, desde el Casino a los embarcaderos del club náutico...

Llegó arriba. Miró al desierto corredor. Respiró con alivio. Ninguna persona. Ningún vigilante. Avanzó presurosa hacia la hilera de puertas. Sabía bien cuál era la de la biblioteca. Sus nervios estaban tensos, su sangre bullía en las venas. Era preciso llegar lo antes posible, tomar el teléfono, llamar...

Alcanzó la puerta precisa. Se detuvo, sintiendo que, bajo sus pechos juveniles, palpitaba violentamente su corazón. Era como un caballo desbocado, ávido de ser libre de sus bridas y riendas.

Apoyóse en la madera, jadeando. Tomó aliento. Luego, giró el pomo del pestillo. Cedió sin dificultades.

Entró en la biblioteca. La luz estaba encendida. Casi siempre lo estaba. Una sola lámpara tamizada, de pantalla roja oscura. Junto a la mesa de vidrio donde reposaba el teléfono, junto a una estatuilla griega de bronce.

Cerró tras de sí. Contempló las luces a través de las altas vidrieras de la puerta-balcón asomada a los jardines. Las risas y voces de la gente, así como la música de la orquestina junto a la piscina, llegaban muy difuminadas hasta allí. Desde las paredes, hileras de volúmenes parecían mudos testigos contemplando a la asustada Melissa Miles.

Ella avanzó decidida. Alzó el teléfono, un hermoso aparato de mármol y latón, digno de otros tiempos, imitando un viejo modelo. Se puso a marcar el número de información urbana para no perder un tiempo precioso, unos instantes acaso decisivos, en hojear la guía telefónica, en busca de lo que precisaba.

—Información —dijo la monocorde voz impersonal de una telefonista.

—Señorita, por favor. ¿El número de la policía de San Remo? —pidió con voz ronca, nerviosa, sintiendo temblar todo su cuerpo, reclinado sobre el teléfono.

Se lo dieron con rapidez. Dio las gracias y presionó la horquilla. Luego, comenzó a marcar. Un número, otro...

Sucedió tras el segundo giro del dial, movido por su dedo largo y delgado, de afilada uña manicurada.

A sus espaldas, se produjo aquel leve roce, aquel susurro apagado. La voz profunda, grave, extraña, retumbó apagadamente en sus oídos, logrando erizar sus cabellos.

—Melissa... Melissa, querida..., ¿qué estás haciendo? Eso no te librerá de mí...

Gritó, dejando caer el teléfono con terror. Giró la cabeza.

Su terror creció hasta extremos increíbles. Emitió un alarido ronco, desorbitó sus ojos con auténtico pavor...

La forma humana se despegaba de aquel sombrío rincón, entre cortinajes rojos, de espeso terciopelo, y las estanterías repletas de libros. ¿O no era, realmente, humana...?

El grito se repitió, agudísimo, escalofriante, brotando como un

sonido desgarrador, por entre los labios distendidos y repentinamente lívidos de Melissa Miles.

Luego, la joven esposa se precipitó hacia la carrera, en dirección a la puerta balcón en demanda quizá de un auxilio, de una fuga imposible, puesto que tras las vidrieras sólo estaba el vacío, y abajo la terraza, los jardines, la piscina...

Melissa parecía ciega. Su expresión de horror, infinito ante la forma surgida en la biblioteca, la acompañó en su demencial salto contra los ventanales.

Restallaron los vidrios, pulverizados por el impacto. El cuerpo de la joven esposa atravesó el hueco, volteó en el aire, sobre los jardines y las cabezas atónitas de las personas reunidas allá, en los jardines bien iluminados.

Su grito agudo, estremecedor, fue a morir allá, varios escalones más abajo de la terraza inicial, sobre un plano más bajo, de suelo de baldosas de piedra, donde su cráneo produjo un horrible sonido al estrellarse mortalmente.

Cuando la gente se arremolinó en torno a ella, con expresión de intenso horror, una de las primeras personas en abrirse paso, con gesto alterado y descompuesto, fue precisamente el anfitrión de aquella fiesta, el joven y brillante Howard Miles.

—¡Melissa! —gritó roncamente—. ¡Melissa, no! ¿Por qué, por qué lo hiciste? ¡Te rogué que no cometieras una locura semejante, amor mío...!

Se agachó junto a ella. Muchos testigos repetirían luego lo que Howard Miles dijo al acudir a examinar a su esposa. Ahora, alguien comentó junto a Howard, penosamente:

—Creo que no puede hacer nada por ella ya, señor Miles. Ni usted, ni nadie. Parece que se hundió el cráneo al caer. Está muerta...

—Muerta. Dios mío, Melissa... —Oyó todo el mundo sollozar a Miles.

Muchos ojos se fijaron en las vidrieras destrozadas, en la luz tenue de la biblioteca. Nadie vio la menor señal de ser viviente alguno en su interior. Alguien comentó, señalando a la mujer muerta:

—¿Han visto? Ese gesto de su rostro... Refleja todo el terror del mundo...

* * *

Era una sencilla y breve información en los ecos de sociedad de un periódico italiano, algunos días después del suceso de Villa Madonna, en San Remo:

«Tras los funerales por la infortunada Melissa Miles, sepultada días atrás en el cementerio de San Remo, en un bello y sencillo panteón, su esposo, el infortunado Howard Miles, aún no repuesto de la depresión psíquica que en él ha producido el inexplicable suicidio de su esposa, ha abandonado la Riviera, con rumbo desconocido, a bordo de su yate, el Irish Dolphin. Le deseamos pronta recuperación, y el olvido de esta tragedia en su vida, si ello es posible».

CAPÍTULO II

PÁNICO EN PARÍS

Despertó bruscamente. Con la sensación de que sucedía algo anormal.

No creía que ello pudiera ser posible. La villa estaba bien cerrada. Las ventanas, protegidas con rejas sólidas. Las puertas, con alarmas electrónicas, lo mismo que diversos puntos de la casa, en la planta baja y en la alta.

No podía suceder nada anormal. Estaba sola en la casa. Completamente sola. Ni siquiera la servidumbre se hallaba esa noche allí. Era su fecha de permiso. Incluso le había resultado un alivio quedarse sola. Sin gente. Sin ruidos. Con una total, perfecta paz alrededor. Algo admirable, para quien, como ella, permanecía casi todo el año sumida en el marasmo vertiginoso de las fiestas, cócteles, entrevistas y largas jornadas de trabajo. Para algunos, su trabajo era envidiable, casi un *hobby*. Pero esa gente olvidaba, al pensar así, que ningún trabajo, profesionalmente tomado, puede ser nunca un *hobby*.

María Jones respiró profundamente, erguida en su lecho, escuchando en la oscuridad. Finalmente, sacudió la cabeza, perpleja. No tenía sentido. Ni un ruido. Ni la menor señal de vida en la casa. Es más, los perros estaban en el jardín. Suellos, como siempre. Como cada noche. Sus alaridos, caso de haber percibido la presencia de alguien en el recinto de la residencia señorial, allá entre el Bosque de Bolonia y Longchamp, hubiesen despertado a toda la vecindad, aun teniendo en cuenta que frondosas zonas de parque separaban unas mansiones de otras, distanciando

forzosamente a sus ocupantes entre sí.

No. No podía haber nada insólito que la despertase bruscamente de su sueño. Si acaso, un poco de nervios todavía, resultado de la última temporada de trabajo. O quizá el calor húmedo y algo bochornoso que había empezado a dejarse sentir en la capital francesa desde el día anterior. Quizá, incluso, su propia soledad. Y la ausencia de Leonard.

Leonard...

Suspiró entre dientes, moviendo la cabeza con cierta complacencia. Cruzó los brazos, acariciando sus hombros desnudos, satinados. Echaba de menos las caricias de Leonard. Su presencia, su vitalidad. Y, sobre todo, su modo fascinante de seducir. A ella... o a cualquier mujer. María no era celosa. Desde luego, no quería pensar siquiera en que Leonard pudiera caer en brazos de otra mujer en una de aquellas ausencias suyas. Pero lo consideraba poco menos que inevitable. Leonard era como el imán que atrae los metales. Sólo que los metales... eran mujeres. Mujeres de cualquier tipo y condición. Mujeres hermosas, casi siempre. Y ricas.

Bien. No le importaba demasiado. Podía luchar, competir con todas ellas. También ella era hermosa. Y rica. Muy rica. Tenía, sobre todas las demás, una ventaja nada despreciable a fin de cuentas: Leonard era su marido.

El gran Leonard Jones. El envidiado. El amado. El admirado Leonard Jones. Era suyo. Totalmente suyo. Gerente de su empresa de cosméticos, director general de sus campañas publicitarias por Europa. Y, además, su esposo. Su amante esposo.

Sonrió María Jones en la oscuridad de su dormitorio. Suspiró, contemplando el vacío en el lecho, junto a ella. La ausencia de Leonard no sería muy prolongada. Un viaje urgente a Madrid y Roma. Al día siguiente, otra vez en París. Dispuesto a disfrutar con ella aquellos breves días de total relajamiento, de descanso absoluto, lejos de la publicidad, de la exhibición de cremas, pomadas, gamas de belleza, colores y matices para realzar artificiosamente los encantos femeninos. Lejos de *spots* televisivos, afiches de propaganda para la Prensa, y carteles murales para difundir por las grandes capitales europeas. Lejos de todo lo que significaba trabajo.

Se tendió en el lecho nuevamente, relajando sus nervios y

también sus músculos. Las piernas se estiraron casi voluptuosamente. La sábana enroscóse en torno a sus caderas y pechos, como un amante sutil y efusivo. Cerró sus ojos, pensando en Leonard...

De repente, sufrió un sobresalto. Su cuerpo se estremeció. Abrió los ojos.

Un ruido.

No habla duda. Estaba segura de ello. Un ruido leve, levísimo. En alguna parte, dentro de la casa. Parpadeó, con un instintivo sentimiento de aprensión.

No podía ser. Tal vez su imaginación le jugaba malas pasadas. Y la soledad hacía el resto... Sí, debía ser eso. Nadie pudo entrar, sin ser advertido, dentro de la vivienda. A veces, de noche, crujían los muebles misteriosa e inexplicablemente. El cambio de clima quizá. El calor podía resecar la madera, aunque le parecía húmeda la atmósfera de París esos días.

Otra vez el silencio era absoluto, impresionante. Un silencio mortal.

Mortal.

¡Qué tontería! ¿Por qué se le había ocurrido semejante palabra? No tenía sentido relacionar el silencio con... con la muerte. No este silencio nocturno, en un barrio residencial, silencioso por costumbre. Ni siquiera sabía por qué tuvo que pasar por su mente semejante idea.

Esta vez, presionó el botón de la luz, en su mesilla de noche, mientras fumaba un cigarrillo y lo encendía con su mano zurda.

Sintió un escalofrío. La luz no se encendió. Continuó apagada, como si la bombilla estuviese fundida. Sin embargo, había leído antes de dormir. El libro estaba aún junto a la lámpara.

No, eso no podía significar absolutamente nada. Todo era ridículo. Estaba dejándose llevar por aprensiones sin sentido. Aquella luz fallaría, eso era todo. Un incidente sin la más mínima importancia. Sólo que en plena noche y, en la soledad, cada pequeña cosa se agigantaba hasta límites insospechados.

Fumó en la oscuridad. La única luz en la habitación era la de la brasa de su cigarrillo, en sus dedos ligeramente temblorosos. Miró al amplio ventanal de la planta alta, al que era muy improbable llegar escalando el muro desnudo y liso del edificio. Estaba

solamente entreabierto. Lejanas luces, difuminadas entre el arbolado del bosque, le hablaban de vecindad, de gentes, de calles frecuentadas, aunque no demasiado a aquellas horas de la madrugada. La esfera luminosa de su diminuto reloj de pulsera, señalaba las cuatro y veinte minutos, exactamente.

María Jones se puso en pie, resueltamente. Fue al interruptor de la luz general, en su dormitorio. Giró el botón. Idéntico resultado negativo.

No había luz.

Mordió su labio inferior, preocupada. Aquello empezaba a ser molesto. Casi alarmante. No captaba nuevos ruidos, pero la luz no tenía motivo para fallar. A menos que fuese una avería de su alcoba, simplemente.

Se encaminó, decidida, a la puerta. La abrió. Asomó al corredor. Giró el interruptor de la luz en los pasillos.

Nada. La casa continuó en sombras.

Luego, arriba, en alguna parte, pasillo adelante, hubo un nuevo ruido.

Esta vez había sido más alargado. Más chirriante. Más definido.

Realmente, había ruidos en la casa. Pero... ¿había alguien dentro de sus muros?

María Jones no era una mujer impresionable. Ni medrosa. Lo demostró ahora. Erguida, serena, retrocedió unos pasos, muy pocos. Penetró de nuevo en su alcoba y cerró la puerta, girando el pestillo con rapidez. Avanzó en las sombras hasta la mesilla. Aplastó el cigarrillo en el cenicero. Luego, decidida, descolgó el teléfono.

Comenzó a marcar en los pequeños orificios del dial del modelo góndola, color rojo vivo. Se detuvo un instante después. Escuchó. No captaba señal de llamada.

Pese a ello, marcó otra vez, pacientemente, ahora hasta el fin. El número de la policía. Lo conocía de memoria. Como el de los taxis, los bomberos o las ambulancias. Era una mujer previsora. Y de gran memoria.

Tembló por primera vez con una sensación de miedo. Miedo real. El teléfono no sonaba. Ni un zumbido, ni un sonido siquiera. Nada. Lo miró, frenética. Golpeó la horquilla repetidamente. Todo siguió igual.

Una estremecedora impresión se abrió paso en su cerebro:

cortado. El teléfono había sido cortado. Estaba, pues, incomunicada. No podía llamar a nadie. Su único contacto con el exterior, estaba roto.

—Dios mío... —susurró—. Esto no es posible. No puede suceder.

Pero el teléfono seguía mudo. Y sordo. Colgó, casi con ira. Miró en torno, angustiada. Su decisión y valor se pusieron de manifiesto un instante después. Abrió la gaveta de su mesilla de noche. Tomó una pequeña lámpara eléctrica. La probó. Daba un buen chorro de luz. Delgado, pero nítido. Lo paseó por toda la alcoba. Avanzó hacia su tocador. Manipuló en otra gaveta. Había allí una caja de costura de laca japonesa. La abrió. Unas tijeras de regular tamaño, nuevas y muy afiladas, aparecieron entre los objetos de costura allí reunidos.

Las tomó con decisión inquebrantable. Tenía el gesto tenso, los labios apretados. Sus azules ojos centelleaban. Sus cabellos rubios, de un tono miel oscura, se agitaban en torno a su bonita, pálida, aristocrática faz.

—Bien —musitó—. Si hay, realmente, un intruso... veremos quién es y lo que quiere. No me dejaré matar por un puñado de billetes y unas joyas, si sólo busca eso. Si es algo peor... las tijeras pueden ser una buena defensa.

Hablaba consigo misma, en un murmullo. Resueltamente, avanzó hacia la puerta. La abrió sin vaciar, y asomó al pasillo, con la luz encendida por delante, y también con las tijeras empuñadas por su mango, a guisa de daga.

No vio a nadie. María Jones temblaba. Y no era de frío, sino de terror. Ella sabía que estaba asustada. Terriblemente asustada. Pero eso no le importaba demasiado. Porque de un modo u otro, tenía que enfrentarse con la cruda realidad, fuese cual fuese.

La valerosa mujer avanzó pasillo adelante, por la casa en sombras. Se detuvo al pie mismo de la escalera descendente. Miró abajo. Toda la casa era un puro amasijo de tinieblas. Por un momento, tuvo la inquietante impresión de que los ojos electrónicos también funcionaban. Y eso ya era más extraño.

—Si Leonard estuviese aquí... —Fue su única idea, cuando comenzó a bajar resueltamente las escaleras.

Seguía sin explicarse que pudiera haber una presencia extraña en la casa, hallándose fuera de ésta sus perros, siempre alerta con los intrusos. Tampoco tenía sentido alguno que alguien hubiera

podido desconectar los sistemas electrónicos de alarma, cuya instalación era hartamente complicada.

Si realmente había alguien en la casa, era para preocuparse... porque no se trataba de un merodeador vulgar. María empezaba a tener esa inquietante convicción, más fuerte a cada momento que transcurría.

Llegó a la planta baja. Los ruidos no habían vuelto a sonar. Miró fijamente la puerta de salida. Era su posible camino de evasión. Si no hallaba a nadie durante el tiempo que durase su operación de cruzar el vestíbulo, abrirla rápidamente la puerta... y se precipitaría fuera de la casa, para pedir auxilio a cualquier vecino, o para esperar a que llegara el día, y regresar a la vivienda, convencida entonces de que nada podía temer ya.

Paso a paso, con seguridad, con todos sus sentidos alerta, María Jones se movió hacia la salida pausadamente, siempre en ristre sus grandes tijeras, siempre bañando con su delgada tira de luz blanca los muebles, las paredes, el suelo lustroso, de largas alfombras oscuras y suaves.

No sucedió nada. Al menos, hasta que estuvo a poca distancia de la puerta. Quizá a menos de una yarda... Entonces, sí. Entonces ocurrió algo.

Arriba, a sus espaldas, hubo un sonido seco, brusco. Un leve crujido. Luego, una respiración ahogada, sibilante, en la planta superior. Y una voz susurrante:

—María... Vas a morir, María Jones...

Se le erizaron los cabellos. Gritó, con terror ahogado. Se precipitó sin querer mirar atrás, hacia la puerta de salida. Giró el pestillo con facilidad, tiró de la puerta, la abrió, se lanzó a su abertura, hacia el oscuro jardín...

Su linterna derramó la luz sobre el porche. Sobre los perros tendidos, inertes, muertos.

Gritó con renovado terror. Y, de súbito, la luz se rompió, sobre un cuerpo sólido, opaco, que emergió espectral ante ella.

—María... —jadeó una voz ronca, sobrenatural, horrible, justo ante ella—. María, no puedes escapar de mí.

La luz estalló sobre un rostro en la sombra. María exhaló un alarido agudo, tremendo. Su rostro se convulsionó. Los ojos se dilataron con una expresión enloquecida. Su grito se prolongó

terriblemente... hasta morir en una especie de ahogado estertor. Luego, osciló, empezando a desplomarse. La voz implacable de la persona erguida en el porche, repitió en sus oídos, con siniestra entonación:

—María, no puedes escapar... He venido a por ti... He venido a por ti... Y te he encontrado... para tu desgracia...

Luego, el golpe sordo de un cuerpo al caer, pareció poner epílogo a la escena. Quedó inmóvil María Jones, tendida de espaldas sobre el umbral mismo de la puerta de salida.

Tras una lenta pausa, durante la cual toda la casa se mantuvo silenciosa, como totalmente desierta, hubo un áspero sonido en el vestíbulo. Repetido dos veces.

Un arma de fuego silenciada, disparó en dos ocasiones. Como dos taponazos de botellas de champaña descorchadas.

En el cuerpo de María Jones, se abrieron dos orificios de bala. La sangre mojó sus ropas del deshabillé... Un simple y doble estremecimiento de la figura femenina abatida, señaló la reacción a los impactos de proyectiles sobre su desvanecido ser.

Una de las balas había atravesado el corazón. La otra, los pulmones, sobre los senos semidescubiertos de María, entre los encajes de su tenue camisón...

Una extraña, hiriente, aguda risa, vibró en la casa desierta. Dentro, en las sombras, no se percibían ya más ruidos extraños. Pero un instante después, se percibió un tenue maullido... y la sombra oscura de un gato negro, se materializó ante la figura erguida en el umbral de la casa. Unos ojos fosforescentes centellearon en la sombra. Un maullido apagado acompañó el aproximamiento del felino hacia la persona que hiciera los dos disparos mortales.

—Vamos —susurró la voz apagada del criminal—. Ya no tenemos nada que hacer aquí, querido...

El gato, obediente, subió a los brazos de su dueño, de un salto elástico y silencioso. La sangre formaba charco alrededor del cadáver de María Jones, y se extendía en un delgado surco hacia la escalera.

Después, todo fue silencio, al alejarse en la oscuridad del jardín la figura del visitante de madrugada. La Muerte había pasado por la finca de Longchamp. Una hermosa mujer yacía sin vida, en la

soledad de la noche. Una mujer valerosa, que ya nunca volvería a ver a su esposo, a su amado esposo Leonard Jones.

El rostro de la víctima, era como una espantosa máscara, lívida, con el horror, el más profundo pánico, grabado en ella antes de morir. Como si se hubiera enfrentado al espanto más inverosímil y escalofriante. Como si algo fuera de este mundo hubiera aparecido ante ella en el umbral en sombras...

* * *

—Conformidad, señor Jones. Nadie pudo evitar que las cosas ocurrieran así, puede creerme.

Leonard Jones no respondió de momento. Se limitó a contemplar el traslado del bulto tapado por la sábana, en la camilla, camino de la ambulancia. Luego, sus ojos aturridos, doloridos, se clavaron en el suelo, en las oscuras manchas de sangre...

—Dios mío... —gimió—. Dios mío, comisario... ¿Cómo pudo ocurrir algo así? Ella... ella no debió quedarse sola durante la noche.

—Eso ya no tiene remedio —suspiró el comisario Gastón de Xavier, dando paseos por el amplio vestíbulo, escenario de la tragedia. Alrededor de ellos, los gendarmes procedían a terminar su inspección ocular, en busca de indicios y pruebas relacionadas con el asesinato de liarla Jones. Tras un silencio, el policía añadió lentamente—: Ésta es una zona peligrosa para una mujer sola, señor Jones. Los maleantes saben que hay dinero o joyas en estas fincas. Quizá pensaron que podían asustarla y llevarse todo sin cometer un crimen. Pero debieron perder la serenidad, al ver esas tijeras en manos de su presunta víctima... y dispararon sobre ella, matándola.

Sus ojos se habían fijado en las hojas aceradas de las tijeras que uno de sus hombres extrajera de entre los dedos crispados de María Jones, para depositarla, sin tocar su acero, sobre una bandeja de plata del vestíbulo, envuelta previamente en un celofán transparente, que impedía todo contacto directo de los dedos sobre el metal.

También Leonard Jones miró en esa dirección, con su faz pálida, crispada, nerviosa y dolorida. Asintió despacio. Su voz sonó ronca:

—María siempre fue una mujer valerosa. Quizá, incluso, demasiado valerosa. Debió llamar a la policía, pedir auxilio...

—Creo que ya lo hizo —suspiró el policía—. El teléfono está cortado. Lo mismo que el tendido eléctrico de la casa. Y también averiaron el circuito electrónico de alarma, instalado en la caseta del jardín, junto al garaje. Hemos comprobado todo eso.

—¿Cómo? —jadeó Jones, asombrado—. El que hizo algo así, tenía que conocer bien la casa...

—No necesariamente, señor Jones —rechazó el policía parisino—. Todas estas fincas tienen similares instalaciones de alerta. Un ladrón avisado conoce esos sistemas fácilmente. Y estamos, sin duda, ante un ladrón muy inteligente... pero muy nervioso, ya que se dejó ganar por la precipitación y cometió un delito mucho más grave que un simple robo: matar a una persona resulta infinitamente peor para el culpable.

—Primero necesitan aprehenderlo, comisario —se lamentó Leonard—. Por cierto, ¿qué robaron, exactamente?

—Eso, usted y la servidumbre podrán ayudarnos a verificarlo. Pero, cuando menos, hemos hallado un joyero forzado y vacío, algunos billetes de Banco franceses e ingleses, dispersos bajo los muebles, junto a la caja fuerte, que tenía una combinación demasiado fácil para un profesional, como usted mismo debe saber, sin duda.

—María no quería una caja complicada ni sólida —murmuró, pesaroso—. Decía que no había nada que temer aquí dentro, comisario. Tenía dentro valores al portador, algún dinero, aunque no demasiado.

Un gendarme apareció en la puerta. Venía del jardín. Traía en su mano, sobre un celofán, hasta cinco billetes de Banco: un par de billetes de cincuenta dólares, uno de cien libras, y dos de diez mil francos. Los entregó al comisario De Xavier.

—Estaban dispersos, cerca de la verja —señaló—. Entre los setos y los macizos de flores, señor.

—Sí, gracias —admitió Gastón de Xavier, tomando aquellos billetes de su subordinado—. Es evidente que su crimen puso aún más nervioso al intruso, y le hizo perder billetes por el camino... Pero no creo que ocurra como en el viejo cuento de Pulgarcito. Sería demasiada fortuna poder recorrer París, sobre un reguero de billetes, hasta el domicilio del culpable. Además, esa clase de rastro duraría muy poco tiempo.

—Parece que el asunto no ofrece lugar a dudas —se quejó Leonard Jones—. Pero ya nada ni nadie devolverá la vida a mi pobre esposa.

—Eso es evidente, señor Jones —el comisario francés le miró curiosamente—. ¿Usted es inglés, señor Jones?

—Galés —rectificó suavemente Leonard—. María era inglesa. Del propio Londres. Y tuvo que venir a morir aquí...

—París es un sitio tan bueno como cualquier otro, para morirse uno —sentenció el comisario De Xavier cínicamente—. Señor Jones, ¿dónde estaba usted anoche, mientras su casa era allanada por el asesino?

—Demasiado lejos de París, para poder ayudar a María —se lamentó Jones—. He llegado esta misma mañana de Roma, en el primer vuelo. Anoche, a esas horas, debía de estar yo en el hotel de Roma. Ni siquiera me había acostado aún. Había una convención de industriales de cosmética italiana. Yo figuraba como invitado, en representación de nuestra empresa, comisario. Creo que hasta casi las cinco de la mañana, no me dejaron ir a dormir los congresistas italianos. No se cansaban de beber...

—Sí, comprendo —suspiró el comisario. Y mentalmente, se dijo que eso proporcionaba al viudo Jones, heredero ahora de la gran fortuna y negocios de María Jones, la mejor y más sólida de las coartadas... una vez comprobada debidamente. Tras una pausa, añadió—: De todos modos, nadie tuvo culpa de que esto sucediera, salvo el propio autor material del hecho. Ahora seguiremos la pista de esas joyas robadas, en cuanto tengamos su descripción. Le necesitare para ello, señor Jones... pero más tarde. Ahora creo que es el momento de respetar su dolor.

Asintió Leonard Jones amargamente, dejándose caer en un asiento. Gastón de Xavier partió con paso tranquilo hacia la planta alta de la casa. Poco después, examinaba cuanto María conservaba entre sus pertenencias: Un Diario, una agenda, correspondencia comercial o amistosa, documentos de su negocio... y un recorte de periódico, doblado cuidadosamente entre facturas y recibos.

El comisario desplegó el recorte de papel. Leyó, intrigado el titular de aquel ejemplar del *Corriere della Sera*:

«Muerte en San Remo. ¿Accidente o suicidio? La

hermosa y adinerada señora Miles cae al jardín de su residencia, en plena fiesta».

Había una fotografía publicada en el diario, con un pie breve:

«Melissa Miles, de soltera Melissa Jenkins. La bella inglesa fallecida trágicamente anteanoche en San Remo, en presencia de su propio esposo».

El comisario Gastón de Xavier frunció el ceño. Y con lentos ademanes, dobló aquel recorte de periódico y lo guardó en su propia cartera, cuidadosamente. Con un suspiro, abandonó la alcoba de la señora Jones, continuando su minucioso paseo por la suntuosa residencia de Longchamp, escenario de un absurdo e inútil crimen.

Un crimen que, sin embargo, dejaba viudo a un hombre. Y, de paso, le dejaba en sus manos una fortuna de varios millones de libras esterlinas, sin duda alguna...

Pero la única persona que podía tener serios motivos para desear la muerte de María Jones, se encontraba en esos momentos a muchas millas de distancia de París. Justamente en Roma, en una convención de industriales de cosmética, bebiendo y riendo con colegas italianos trasnochadores. Si eso se comprobaba, el último hombre del mundo a quien pudiera acusarse de ese crimen, sería precisamente Leonard Jones.

CAPÍTULO III

VISITA A SCOTLAND YARD

—¿Verónica Cole, ha dicho usted?

—Eso es, inspector Crane. Verónica Cole, exactamente.

—No conozco a ninguna mujer de ese nombre. ¿Seguro que quiere verme precisamente a mí?

—Totalmente seguro, señor. Ha insistido en que sólo quería ver de modo personal, y lo antes posible, al inspector Norman Crane.

—Ya —el joven, atlético policía de New Scotland Yard, sacudió la cabeza. Como miembro de la Brigada Especial de la policía londinense, estaba habituado a ocuparse de extraños casos. La gente creía siempre que los de la Special Branch eran taumaturgos capaces de resolver el más extraño caso en unos momentos. Lo cierto es que en esta tarde tenía mucho trabajo pendiente; trabajo que no admitía demora. Al fin, hizo un gesto de conformidad y asintió—. Está bien, sargento Goodwin. Hágala pasar. Pero avísela previamente de que sólo podré concederle un cuarto de hora. Ni un minuto más.

—Sí, inspector —aceptó Ralph Goodwin, saludando respetuosamente y saliendo de la oficina de su jefe directo en la Brigada Especial—. No dejaré de advertírselo así.

Cuando regresó, lo hizo en compañía de la mujer anunciada. Verónica Cole resultó para Crane tan desconocida como su propio nombre. Era atractiva, alta y esbelta. Tenía tipo de modelo de alta costura, aunque quizá algo más rellenita en ciertos puntos anatómicos, como sus caderas, nalgas y senos, por fortuna para su armonía física. Tenía cabellos levemente rojizos, ojos pardos y una

boca carnosa y sugestiva, entre mejillas salpicadas de pecas doradas. Podía tener treinta años, pero representaba veinticinco.

—Buenas tardes, inspector Crane —saludó con voz tímida la joven, acercándose a la mesa del oficial de policía de New Scotland Yard. Pareció distraída por unos momentos con la vista del río y de los edificios oficiales de sus márgenes, allá en el ventanal situado detrás del joven inspector. Luego, clavó sus ojos en éste, sin parecer sorprenderse de su extrema juventud para tan importante cargo policial—. Se estará preguntando el por qué de mi insistencia en verle, inspector, siendo para usted, como soy, una perfecta desconocida.

—Pues sí, algo parecido —sonrió cortésmente Crane. Hizo un gesto a la joven—. Siéntese, por favor. Si sólo puedo concederle tan corto tiempo, es a causa de mi mucho trabajo. Espero sepa disculparme.

—Sí, claro que le disculpo. No sólo eso, sino que le agradezco su deferencia para conmigo, inspector. Ha sido usted sumamente amable. Sobrará con cinco minutos para decirle lo que me ha traído aquí.

Se acomodó frente a Crane. Éste le ofreció un cigarrillo emboquillado, que ella rechazó con elegancia.

—Bien, espero sus palabras, señori... —rectificó, rápido, al ver su alianza de oro en el dedo anidar—. Señora Cole...

—Buen observador —sonrió ella, asintiendo—. Sí, Cole es mi apellido de casada, inspector. Y es una de las razones por la que estoy aquí ahora, a verle a usted.

—¿El hecho de ser casada la impulsó a venir? —Enarcó las cejas Crane, intrigado.

—Eso es. Forma parte de mis razones, aunque eso usted no lo entienda, a primera vista, inspector.

—Pues le confieso que no lo entiendo. ¿Hay problemas con su esposo, quizá? Porque de no ser algo de cierta gravedad, que entre en la jurisdicción de nuestra Brigada, no podemos intervenir en problemas matrimoniales. Para eso está el Juzgado de guardia, o cualquier Comisaría de la ciudad, señora Cole.

—Es grave —dijo secamente ella. Se inclinó hacia Crane—. Van a asesinarme, inspector. Y va a ser mi esposo quien me quite la vida...

—Su esposo... ¿Eso tiene algún sentido, señora Cole?

—Lo tiene, inspector. Él va a asesinarme.

—Sí, eso lo he oído antes. Imagino que estará usted segura de lo que dice. Le acusación es gravísima.

—Sé que lo es. Como comprenderá, lo he meditado muy bien antes de venir a Scotland Yard con semejante denuncia. Estoy asustada, inspector. Muy asustada.

—Si cree eso seriamente, es para estarlo. Pero supongo que será algo más que una simple sospecha. Deben existir fundadas razones, incluso evidencias.

—¿Evidencias? Cielos, inspector, Clifford no es un necio, ni mucho menos. El no dejaría fácilmente evidencias de sus actos, puede creerlo.

—Señora, me temo que sin evidencias, sin unas pruebas contundentes, su denuncia resulta difícil de admitir en mi departamento. Si todas las personas que creen su cónyuge capaz de asesinarlas, vinieran aquí y fueran atendidas oficialmente, me temo que todo el personal de la Brigada Especial tendría que dedicarse exclusivamente a esos problemas, la mayoría de las veces sin fundamento ni razón.

—Cree que soy una histérica llena de manías persecutorias, ¿no es eso, inspector?

—No, no es eso —negó seriamente Norman Crane, estudiándola pensativo—. Sólo le sugería que para formular cargos tan graves, deben existir, como mínimo, unos precedentes que justifiquen sus temores, unos indicios racionales, que usted pueda exponer y hacer válidos, ante mí o ante cualquier otro funcionario de la ley, señora.

—Ya le dije que Clifford es muy listo. No dejaría cabos sueltos fácilmente.

—Pero..., pero usted, sin embargo, cree saber que va a matarla.

—Sí. Estoy convencida.

—¿Por qué supone tal cosa? Es lo que quisiera saber, antes de seguir adelante con esta declaración, señora Cole —observó que los ojos de la dama no reflejaban excitación, ni sus pausados movimientos denotaban histerismo. Aun así, era preciso recordar que mucha gente sabe disimular a la perfección sus anormalidades, si se empeña en ello.

—Está bien. Se lo relataré, inspector. Pero mucho me temo que siga pensando, al término de nuestra entrevista, que soy una persona demasiado imaginativa, y que mis temores carecen de fundamento. Si es así... sólo quedará su arrepentimiento para el día en que aparezca mi cadáver en cualquier sitio.

—No se precipite. No he podido emitir aún un juicio. Carezco de base para hacerlo, sea favorable o contrario a sus deseos. Por favor, vayamos por orden. Comience, se lo ruego. ¿Cuándo ha llegado usted a la conclusión de que su esposo proyecta matarla?

—Ayer. Anoche, inspector Crane.

—Ya. ¿Puede decirme por qué?

—Existen unos antecedentes previos. Ayer fue solo la confirmación definitiva. Por eso estoy tan asustada. No he podido descansar, no sabía qué hacer.

—¿Su esposo ha notado, quizá, su agitación, señora Cole?

—No podía notarla —suspiró ella—. No está en casa. Ni en Londres. Está en el extranjero. En el continente, inspector.

—Muy bien. ¿Y en su ausencia... ha confirmado usted, quizá, sus sospechas?

—Sí. Justamente en su ausencia.

—¿Por qué, señora Cole? —Trató de ser paciente el inspector Crane.

—Por esto —abrió su bolso lentamente. Extrajo algo de él. Lo puso delante del policía. Éste miró, perplejo.

Era una pequeña bolsa de plástico, llena de algo. Un líquido pálido, fácil de identificar por un inglés: te con leche. La bolsa llevaba una especie de cierre con cremallera de plástico también, ajustándolo en su parte Superior, para no derramar lo que contuviera. Dedujo que había allí una taza completa de la infusión. Enarcó las cejas y manipuló la blanda bolsa, mirando interrogativo a Verónica Cole.

—¿Y bien...? —comenzó, pensativo.

—Lo hice analizar hoy. Tengo una amiga en unos laboratorios químico-farmacéuticos. Ha prometido no decir nada a nadie... hasta que, en un plazo prudencial de horas, sepa que la policía conoce los hechos. Dice que no puede ocultarse algo así a la ley, y creo que tiene razón. Es una responsabilidad demasiado grave.

—Acabemos, señora Cole. ¿Qué resultado ha dado el análisis de

este té con leche?

—Esto, inspector —le tendió un sobre en blanco, con un nombre mecanografiado en el exterior. Crane extrajo una hoja de papel, igualmente mecanografiada. La leyó, iba firmada por alguien de nombre ilegible. Pero llevaba el membrete de unos famosos laboratorios químico-farmacéuticos londinense. Emitió un silbido entre dientes.

—No soy un experto —dijo con voz grave—. Pero el veneno encontrado en esta infusión lo está en dosis letal. Además, es un veneno raro. Difícil de encontrar. Casi insípido, salvo un cierto regusto dulzón que el limón y la leche pueden disimular. Alguna vez he leído que sus efectos resultan difíciles de apreciar, si no hay autopsia. Una muerte que no despierte sospechas, producida con este veneno, da todas las apariencias de un simple colapso cardíaco.

—Exacto, inspector. Para no ser un experto, recuerda muy bien sus particularidades. Así me dijo exactamente mi amiga, al darme el resultado del análisis.

—Hábleme de este té. ¿Quién se lo hizo?

—Yo misma. Es de bolsita. Una conocida marca —se la dio—. Tengo una caja de lata con varias bolsas, en mi cocina. Ayer me hice un té. Me gusta sin azúcar ni limón. Pero con leche condensada. Esta vez no usé leche condensada, sino de botella. No podía estar dulce, su dulzor me sorprendió. Y, puesto que ya tenía sospechas, opté por no tomarlo. Veo que salvé mi vida, inspector.

—Vayamos por partes, señora. Acepto esta evidencia, pero ¿qué prueba que fuese su esposo quien puso el veneno? Acaba de decirme que usted misma se hizo ese té. ¿Había alguien más en la cocina con usted, en esos momentos?

—Nadie. Sólo yo. Pero el veneno podía estar mezclado con el té de la bolsita, o con la botella de leche. No hacía falta que Clifford estuviera presente.

—¿Por qué, precisamente, Clifford? ¿Entra con frecuencia en la cocina?

—No. Ni haría falta. En cualquier momento pudo hacerlo.

—¿Cuándo se fue él al continente?

—Hace tres días. Volverá mañana. De ahí mi temor, inspector Crane.

—Y sin estar él presente, usted iba a ser envenenada... ¿Eso

acusa, necesariamente, a su esposo? ¿No pudo ser otra persona quien pusiera el tóxico en el té o en la leche?

—¿Quién iba a ser, sino él?

—No sé aún por qué sospecha de su esposo. Y espero que me lo cuente en seguida. Pero ¿qué otras personas hay en la casa habitualmente?

—El servicio, compuesto de cocinera, doncella y mayordomo. Mi secretario, Sterling Craig... y Mark Turner, naturalmente.

—¿Quién es Mark Turner, señora Cole?

—Mi socio industrial en los negocios que dirijo. Usted no sabrá que soy la propietaria de la firma London Pop Art, de decoración y diseño de hogar. Pues Turner es mi diseñador y proyectista, así como socio industrial. Él pone las ideas. Yo, el dinero.

—¿Y... su esposo? —indagó con cierta ironía Norman Crane.

—Se supone que debería poner su capacidad en dirigir la empresa. Pero debo hacerlo yo, porque a él le gusta más viajar y con diversos pretextos, buscar negocios en otros países, con la finalidad de propagar mi empresa. Creo que lo que realmente hace, es divertirse y gastar mi dinero a manos llenas. Porque la fortuna es mía, inspector... Ahora precisamente voy a poner coto a eso. Sus gastos serán controlados minuciosamente desde el próximo mes. Se lo advertí así. Y luego ha sucedido lo... lo del veneno en el té.

—Aun así, es muy duro admitir de antemano que sea obra suya el intento de asesinato, señora Cole. Una persona de negocios como usted, puede tener muchos enemigos.

—Los tengo. Pero ninguno se atrevería a tanto. Además, ya le dije que tengo antecedentes que confirman mis sospechas y... Oh, lo siento —suspiró, consultando su reloj—. Me temo que hemos superado ya esos quince minutos que me concedió tan gentilmente.

—No importa. Tiene otros quince para terminar su historia, señora. Pero le ruego que hable ordenadamente. Empiece por el principio. Y, sobre todo, antes de iniciar su historia completa, ¿puede decirme por qué vino a mi Brigada, preguntando precisamente por mí?

—Sí —sonrió débilmente su visitante—. Porque una común amiga nuestra, inspector, me aconsejó que así lo hiciera.

—¿Una amiga nuestra? ¿Mía y de usted, señora Cole?

—Eso es —asintió, buscando algo en su bolso, que puso

nuevamente delante de Crane, con expresión decidida—. La que me facilitó esos recortes de periódico, Saddle Windsor, reportera del Weekly Mystery... ¿Lo comprende mejor ahora?

Y los tres recortes de prensa, desplegados en abanico ante los ojos sorprendidos de Norman Crane, parecieron subrayar extrañamente las palabras de su bella visitante:

«Melissa Miles, joven millonaria inglesa, muerta en accidente trágico y oscuro en su finca de San Remo, durante una fiesta. Su viudo hereda una fortuna».

Era uno de los recortes. El segundo variaba muy poco respecto al primero. Sólo que se refería a otra mujer:

«Crimen en París. Un merodeador nocturno asesina a la única ocupante de la finca asaltada,

María Jones, de nacionalidad británica. Su esposo, ausente la noche del suceso, es el heredero de una gran empresa y muchos millones».

Había entre ambos recortes, a juzgar por sus fechas, una diferencia de un año de tiempo. El tercer recorte era muy reciente, pero distaba catorce meses del último recorte:

«¿Qué sucede con las bellas testigos de un antiguo y trágico proceso? ¿Es cierto que los muertos pueden vengarse? ¿Ha vuelto de la tumba Sherman Voss, el ahorcado, para cumplir su amenaza sobre quienes le llevaron al patíbulo?».

Crane, sorprendido, alzó la cabeza. Miró con ojos centelleantes a la dama sentada frente a él. Ella asintió, débilmente, con un movimiento de cabeza, al mismo tiempo que se humedecía los labios.

—Sí, inspector Crane —musitó con voz ronca—. Ese último

recorte del Weekly Mystery se debe a la pluma de Saddie Windsor. Muchos juzgan que es periodismo indigno pero puede que tenga parte de razón... Sí, inspector. Melissa Miles y María Jones eran testigos contra Sherman Voss... como lo fui yo misma... ¿Comprende ahora por qué tengo miedo de que mi esposo me asesine? Es evidente que esas dos mujeres murieron a manos de sus maridos. Como si éstos hubieran sido poseídos súbitamente por... por el espíritu del ahorcado hace cinco años en Londres, inspector Crane...

* * *

Saddie Windsor dejó caer las, galeras de sus manos, contemplando con asombro la alta figura del hombre joven, de pelo oscuro, rebelde, grises ojos y expresión enérgica en el anguloso rostro moreno, que la contemplaba con las manos hundidas en los bolsillos de su Burberry gris, cruzada.

—Oh, no, Norman —murmuró Saddie, asombrada—. No puedo creer que tú... que tú creas en aparecidos.

—Yo no creo en aparecidos. Eres tú quien dice que existen —rectificó secamente Crane, mirándola con sarcasmo.

—¿Yo?

—Supongo que aún eres responsable de lo que escribes —y le mostró el titular de una página del Weekly Mystery que llevaba bajo el brazo.

Ella estudió el titular. Sobre todo, una frase subrayada en rotulador rojo: «*¿Es cierto que los muertos pueden vengarse?*». Luego, hizo un gesto expresivo.

—Oh, eso... No afirmo nada. Sólo pregunto. ¿Es un delito oficial?

—Tú y tus sutilezas... —refunfuñó Norman Crane, tirando el ejemplar del semanario de sucesos sobre la mesa de redacción—. Sabes que importa poco que preguntes o afirmes. Dices ahí que un ahorcado puede haber vuelto a la vida para cumplir su revancha. Y eso ha creado ya problemas psíquicos.

—¿Solamente psíquicos? —dudó Saddie Windsor, poniendo un gesto ingenuo en su bonita cara ovalada, entre los cabellos rubios, largos y lisos. Los ojos azules brillaron intensamente. Hizo un mohín encantador con sus labios gordezuelos, y añadió con aire de

picardía—: Ya entiendo. Verónica Cole te ha visitado.

—Sobresaliente en perspicacia —aprobó con un gruñido Crane—. ¿Por qué la enviaste?

—Somos buenas amigas, ¿no te lo contó ella?

—Sí, claro. Y me contó otras cosas. Su amistad contigo data de hace años. Cinco años, para ser exactos.

—Eso es. Cinco años Yo hice los reportajes del proceso contra Sherman Voss. Nos hicimos buenas amigas. Verónica era la mejor de las cuatro.

—¿Las cuatro? —indagó Crane—. ¿Qué cuatro?

—Las testigos de cargo contra Voss.

—Creí que eran tres...

—Tres fueron las supuestas perjuradas. Personalmente, creo que mintieron ruinmente para vengarse de Sherman Voss. Y lo lograron... enviándole al patíbulo.

—¿Vengarse? ¿De qué?

—Despecho de mujer —suspiró Saddie, recogiendo de nuevo sus galeradas—. Las mujeres entendemos bien esas cosas. Voss era un conquistador. Un tipo guapo y atractivo. Pero se mofó de ellas. Su preferida era Rosemary Harris. Cuando ésta murió abrasada en el yate, las demás vieron su ocasión de vengarse. Le hundieron. Su testimonio fue demoledor, y le condujo directamente a la horca.

—Hablaste de que sólo tres actuaron así. La cuarta es Verónica Cole. ¿Quién es la tercera testigo? Sé que dos de ellas fueron Melissa Miles, de soltera Melissa Jenkins, y María Jones, de soltera María Gray.

—Hazel Evans. Ella es la tercera. Ignoro dónde está ahora ni qué es de su vida. Tampoco me importa mucho. Lo que me intrigó fue la personalidad de las dos mujeres muertas, respectivamente, en San Remo y en París.

—Ya. Y Verónica. Me la enviaste a la Brigada.

—Bueno, ¿qué otra cosa podía hacer? —se lamentó Saddie—. Me parece una buena chica, después de todo. No tiene culpa de que le gustara entonces Voss. Tenía diecinueve años... No, no es eso. Ella decía tener diecinueve, pero iba a cumplir veintiuno.

—Veintiséis. Son los que tiene ahora, ¿no? Sí, me lo figuraba. ¿Y qué, Saddie? ¿Por qué te haces la buena samaritana a costa mía? Soy policía, no confesor. No puedo ayudar a esa chica.

—¿No? Dice que la intentaron envenenar. Y parecía cierto.

—Qué raro que no lo publiques en tu semanario, si estás tan segura.

—Palabra de honor —alzó su brazo, solemne—. Le prometí ser su amiga, no su reportera.

—Ya. Había olvidado que hasta un periodista puede tener palabra de honor —rezongó irónicamente Crane—. Lo había olvidado por completo, perdona. Pero si has estudiado el caso con tu proverbial astucia, habrás visto que Verónica Cole puede ser una neurótica, un caso clínico. Y haberse envenenado ella misma. O haber puesto el veneno, cuando menos, ya que apenas si lo probó. Pudo ser también su secretario, Sterling Craig. Creo que se llevan como el perro y el gato. O Mark Turner, su «socio industrial». No hace falta ser un lince para ver que es algo más que socio industrial. El tipo está loco por ella... o por su dinero. Y a Verónica le gusta Turner, aunque no sé si se hace la loca o no lo ha notado siquiera.

—El gran sabueso, orgullo de Scotland Yard —ponderó Saddle, caustica—. Vaya un tipo... Debiste nacer el siglo pasado.

—¿Por qué el siglo pasado?

—Porque los anales del crimen británico no tendrían sin resolver el caso más famoso de su historia: ¡La captura de Jack el Destripador!

CAPÍTULO IV

¿UN HOMBRE INVISIBLE?

—Terminemos, Norman. Hacía tiempo que no te veía tan amable y obsequioso. ¡Incluso invitarme a cenar! Desde tu cumpleaños no hacías nada parecido... Y eso que entonces os puse a los policías de vuelta y media, por no haber descubierto los crímenes del maníaco de Chelsea... —Tomó un sorbo de su taza de café y se echó a reír suavemente, sacudiendo la rubia cabecita—. De verdad, Norman, ¿a qué viene todo esto?

—Es mi noche libre en la Brigada —agitó sus manos Crane, riendo—. Franco de servicio hasta mañana a mediodía. Hay que celebrarlo. Ésta es una forma como otra cualquiera. Un buen restaurante, una chica bonita, una cena aceptable...

—Sólo falta bailar en un club nocturno. Y despedirse con un beso a la puerta de casa, Norman.

—¡Hecho! —aprobó él—. Conozco el mejor espectáculo nocturno de este mes en Londres.

—Era sólo un comentario —se apresuró a cortar sus entusiasmos Saddle—. Un simple comentario de sobremesa. No, querido. No habrá beso al final. No somos novios, ni mucho menos. Deseo permanecer soltera el resto de mi vida. Es un modo de pensar.

—Es una tontería.

—Quizá. ¿Has pensado tú en casarte?

—¿Por qué no? Todos lo hacen.

—Magnífica justificación —suspiró ella—. Pudiste ser más galante. Decir, por ejemplo, que conmigo todo es posible... Que yo te chiflo, o algo así.

—Está bien. Contigo, todo es posible. Me chiflas, Saddie. Quería darte ese beso al final de la noche. Y hasta casarme contigo y tener varios hijos, aunque soy partidario del control de natalidad... y detesto a las mujeres periodistas.

—Ya lo estropeaste —se quejó Saddie—. Habías llegado a emocionarme, Norman. Tal vez me hubiera puesto romántica. Y hubiera llegado el baile en un club, el beso...

—Y ahora..., ¿ya no?

—Lo dejaremos en el baile —se incorporó de pronto—. Vamos a un club nocturno. Es todo. Me despedirás en el coche. Y nada de besos, señor inspector de Scotland Yard.

* * *

La negra tumultuosa y sensual que, sin embargo, cantaba con el mejor estilo de Lena Home, había concluido su número. Siguió una serie de piezas rítmicas de moda. Por fin, música suave,ailable.

Enlazados, iban recorriendo la pista, bajo las luces cambiantes, entre otras muchas parejas. Los brazos de Saddie eran un lazo de seda suave. Norman la miró a los ojos.

—¿Conoces la historia de Verónica Cole, tu amiga? —preguntó de repente.

—Adiós al romanticismo y al momento —gimió ella. Le miró, disgustada—. ¿Alguna vez olvidas que eres un policía?

—Sólo unos momentos. Cuando te hablé del beso, el matrimonio y los niños —rió Crane—. Pero eso pasó. Y no fue mía toda la culpa.

—Conforme. No fue tuya toda la culpa. Sigamos: ¿qué hay con Verónica?

—Te pregunté si conocías toda la historia de su terror hacia Clifford, su esposo.

—Sólo la última parte: el veneno, después de que me pidió datos sobre Melissa y María, sus antiguas amigas. Dijo que tenía otras muchas razones para sospechar y temer a su esposo. Y que los recortes de Prensa que yo le proporcioné, eran sólo la confirmación de todo lo que ella ya imaginaba de antemano. La verdad es que no la entendí muy bien. Esos recortes hablan de muertes súbitas y violentas. De mujeres señaladas por un extraño destino fatalista. Quizá la venganza del ahorcado. O quizá no...

—Ella va más lejos que todo eso. Cree que el espíritu del

ahorcado se posesionó de su marido.

—¿Satanismo, o cosa parecida?

—O cosa parecida —aceptó, irónico, Crane.

—No sé. No soy una experta en artes satánicas, la verdad —suspiró Saddy, pensativa—. Pero hay una extraña coincidencia en las muertes de esas dos mujeres, Melissa y María. En ambos casos desaparecieron del mundo violentamente.

—Y dejaron una gran fortuna —añadió Crane, arrugando el ceño—. Y un viudo inconsolable pero rico. Muy rico.

—Imagino adónde vas a parar. Eres un policía, y has de ver algo sospechoso en todo. Pero olvidas algo: en San Remo, el esposo de Melissa Miles estaba en el jardín y todos le vieron mientras su esposa caía desde el piso alto. Fue el primero en llegar hasta ella. No se puede estar en dos sitios a la vez. Y eso sirve igual para Leonard Jones. Tuvo una sólida coartada. Más de veinte testigos nada sospechosos, afirmaron estar con él toda la madrugada, en Roma, mientras su esposa era asesinada en París por un merodeador. A la misma hora, exactamente, en que se cometió el crimen, según el forense francés, Leonard Jones estaba aún en pie, y bastante ebrio por cierto, en la sala de un lujoso hotel de Roma, rodeado de amigos y colegas. ¿Qué tiene que decir a eso el señor sabueso de Scotland Yard?

—Muy poca cosa. Me declaro vencido en este terreno. Ahora, ¿puedo pasar al contraataque, inteligente reportera?

—Estás en tu derecho.

—Gracias. ¿Qué me dirías si te informase de que he hecho toda clase de investigaciones sobre Howard Miles y Leonard Jones... y no he podido obtener el menor rastro sobre la actual residencia de ninguno de ellos? Ambos son ciudadanos británicos, sin duda alguna. Pero nadie sabe nada de ellos. No hay rastro de su existencia en Inglaterra. Tampoco en Roma, París o cualquier otro sitio. Sostengo un contacto continuo con Interpol, con la Súreté francesa y con la policía italiana desde que Verónica me denunció su historia personal. Pues bien: la finca de San Remo fue vendida a poco de morir Melissa Miles, por su esposo Howard, a un rico industrial milanés. Y la casa de Longchamp, en París, la vendió Leonard Jones a la semana siguiente a la muerte de su mujer, a una inmobiliaria francesa que piensa levantar allí un bloque residencial

de lujo. Otra curiosa coincidencia, ¿no crees? Ambos esposos se dieron mucha prisa en liquidar los bienes de sus esposas. Igual ha sucedido con sus empresas. La industria de cosmética de María, ya no pertenece al viudo. Todas sus acciones las adquirió otra entidad de productos de belleza. El Irish Dolphin, yate de Melissa Miles, es propiedad ahora de un armador griego. Y sus acciones en diversas empresas y negocios fueron liquidadas en Bolsa a la cotización del día, poco después de morir ella. Howard Miles, de nacionalidad irlandesa, no ha dejado rastro alguno que permita localizarlo. Del mismo modo, Jones se ignora dónde está. Era galés, de Milford. El esposo de Verónica Cole, es escocés, nacido en Edimburgo. Otra curiosa casualidad: ninguno realmente inglés, aunque todos británicos.

—¿Eso tiene algún sentido, Norman?

—Pudiera tenerlo, pero no sé dónde. Estoy tratando de dar con alguno de ellos, seguir su rastro. O conocer, cuando menos, su familia, su origen real. Hemos pedido informes completos y urgentes a Edimburgo, a Milford y a Dublín sobre ellos tres. Por cierto, antes de ir a verte al periódico, recibí un singular telegrama. Está depositado en París. Lee, te lo ruego. Vino en respuesta a mi comunicación con la Súreté.

Saddie tomó con una mano el despacho telegráfico fechado en París, sin dejar de bailar en el centro de la pista. Leyó su contenido en francés:

«Ruego espere mañana. Emprendo viaje Londres. Caso Jones muy extraño. Saludos: Gastón de Xavier, comisario de Policía».

—Vaya, no se puede negar que trabajas deprisa. La máquina de Scotland Yard puesta en marcha por lo que pudiera ser solamente una falsa alarma o una histeria de mujer enferma. ¿Qué otras cosas te contó la señora Cole, para convencerte de entrar en este asunto?

—Unas cuantas muy singulares. Lleva casada solamente un año. Es decir, dos meses después de la muerte de María en París, se casó Verónica Grant con Clifford Cole. Y se da el curioso hecho de que, al morir, María Jones llevaba casada con Leonard cosa de diez

meses o poco menos. Y hacía un año, justamente, que Melissa se matara en la fiesta de San Remo.

—Eso quiere decir que cada una se casó cuando una compañera había envidado. ¿Tiene alguna importancia por sí solo, Norman?

—Espera aún. Verónica Cole me habló de su matrimonio. Y de Clifford. El dirige sus negocios, pero no quiere tener nada a su nombre, aunque eso sí, gasta demasiado dinero que no justifica. Sólo tiene acceso a la cuenta corriente en común de ambos cónyuges. Lo demás, está todo a nombre de Verónica. Sólo en caso de morir ella, él heredaría todo. Como Miles y como Jones, ¿te das cuenta?

—Y ella ha decidido frenar sus gastos y controlar las salidas de dinero, ¿no es así?

—Exacto. Ya se lo insinuó a Clifford antes de su viaje al extranjero. Luego, sucedió lo del verano. Pero antes, el mismo día en que Clifford salió para otro breve desplazamiento, esta vez a Edimburgo, por razones familiares, según parece, una escalera del jardín de los Cole sufrió la misteriosa fractura de uno de sus altos peldaños. Son escaleras que se usan para podar altos setos e incluso árboles. Ese día, a Verónica le tocaba podar los árboles del final de la glorieta de su casa. Eso significa que la escalera queda al borde de una escalinata descendente, de unos quince escalones, al fondo de la cual se alinea un estrecho sendero... y una verja de metal rematada en puntas de hierro tremendamente agudas. Su caída pudo significar su muerte, estrellada contra el sendero, o atravesada por los hierros de la verja. Porque fue precisamente el penúltimo peldaño de madera de la escalera plegable el que se desgajó al empezar ella la poda del primer árbol, el más inmediato a la escalera de piedra del jardín. Sólo por puro azar, ella estiró los brazos, soltando las podadoras... y quedó aferrada al árbol, de donde la rescató su secretario, Sterling Craig, que acudió al oír sus gritos.

—Extraño accidente, para suceder poco antes de un intento de envenenamiento... —comentó Saddie, pensativa—. ¿Examinaron la escalera rota?

—Sí. Al parecer, el escalón estaba astillado y cedió. Todo parecía natural. Demasiado natural... excepto que Mark Turner, el socio enamorado de Verónica, recordó haber usado un par de días antes

esa escalera, y desde entonces nadie la utilizó... y los escalones estaban todos en perfectas condiciones. El astillado pudo ser provocado, pero resulta difícil de comprobar. No había señal de haber sido serrado ni manipulado, como es de imaginar en un criminal astuto, que necesita luego justificar como accidente una muerte violenta. Además...

—¿Hay más todavía? —se asombró Saddy, mientras regresaban a la mesa, terminadas las piezas bailables.

—Muy poco ya. Pero significativo: al regreso de Clifford Cole de ese viaje a Edimburgo, durante el cual pudo haber muerto su esposa, un amigo de la familia recordó haber visto a Clifford en el aeropuerto de Heathrow, descendiendo del avión de Edimburgo. No venía solo, sino con una dama que cubría su rostro con un velo de color humo. Era alta, arrogante y de espléndida figura, según el testigo. Le vio a él entrar en una cabina telefónica del aeropuerto y llamar a casa. Al salir, parecía alterado, habló con la mujer del velo, y ambos se separaron rápidamente, con un fuerte apretón de sus manos.

—¿Está seguro de todo eso el testigo?

—Sí. Y no parecía mentir, según Verónica Cole. Es una persona bastante chismosa, eso es cierto, pero se puede fiar en lo que ve y chismorreá. Su nombre es Donald Greene, y vive cerca de los Cole. Por supuesto, informó a Verónica, rogándole que no mencionara nunca su nombre, en relación con ese informe. Y elle así lo hizo.

—Muy curioso todo. Parece que el señor Cole tiene su amante... y sus planes para deshacerse de Verónica Cole, ¿no es cierto?

—Es lo que parece, sí. Pero no quiero asegurar nada hasta confirmar todo, punto por punto.

—Y de todas esas versiones que se te ocurren, ¿crees que la posibilidad de una influencia de ultratumba, podría tener peso en la conducta de un tipo como Clifford Cole?

—No, no lo creo. Eres tú quien habla de maldiciones y venganzas de difuntos. Y la señora Cole quien imagina un marido poseído por el diablo o por el alma vengativa de un difunto muerto en el patíbulo.

—Ya. Y tú... ¿qué dices, en tal caso?

—Sencillamente: que hasta que regrese Clifford Cole de su viaje por el continente europeo y pueda yo hablar con él personalmente,

tendré la rara impresión de andar en pos de un hombre con mil caras, de un personaje invisible, que siempre se cubre con una máscara...

—¿Mil caras? ¿Invisible? ¿Una máscara? —Saddie reveló una enorme extrañeza en su tono y en su gesto—. ¿Qué significa todo ese galimatías, Norman?

—Es elemental, mi querida Saddie, que podría decir mi ilustre antecesor en las tareas investigadoras —rió entre dientes Norman Crane, con cierto sentido agrio del humor, aunque su rostro enjuto y viril reflejaba preocupación e incluso disgusto—. Por si no te has dado cuenta hasta ahora, creo que estamos siguiendo el rastro de UN SOLO HOMBRE, y no de tres.

—¿Qué?

—Resumiendo, cariño: para mí, Howard Miles, Leonard Jones y Clifford Cole son UNA MISMA PERSONA...

* * *

—*Oui*, inspector Grane. Estamos totalmente *d'accord*

. Una sola persona. Es, justamente, lo que he venido a sugerirle.

Y apaciblemente, el comisario Gastón de Xavier se reclinó con un suspiro en el respaldo del asiento del «Morris» de Norman Crane, a medio camino entre Heathrow y el centro urbano londinense.

Norman condujo con la velocidad que le podía permitir el tráfico de la carretera, contemplando abstraído los hotelitos y residencias campestres que salpicaban el verdor de la campiña, en torno a la ciudad.

—Me alegro que coincidamos, comisario —asintió Crane, complacido—. Usted ha conocido personalmente a Leonard Jones. Espero que cuando vea a Clifford Cole, pueda ser confirmada esa teoría nuestra...

—Si es que veo alguna vez a Clifford Cole... —completó risueñamente De Xavier.

—¿Qué quiere decir? —Le miró Crane un momento, ceñudo.

—Justo lo que he dicho, *monsieur*

l'inspecteur

. Empiezo a dudar mucho que, tras el fallo de su tercer plan de asesinato, nuestro misterioso asesino de esposas ricas se decida a

comparecer de nuevo en el escenario de los hechos. Es evidente que procura estar bien informado. Y antes de arriesgarse, se mantendrá al acecho, para ver cómo reacciona la policía, y cosas parecidas...

—Tiene que aparecer de alguna forma, o su juego se derrumbaría por completo —señaló Crane, pensativo.

—Si hay posibilidad de éxito, desde luego. Pero dudo que se fíe de nada. Sabe que su trabajo se va haciendo cada vez más complicado. Corre mayor peligro, porque ha estado ya en dos muertes violentas, y alguien puede identificarle. Ésa sería su ruina, él lo sabe. Ha obtenido, al menos, una docena de millones de dólares entre sus dos esposas muertas. No le hubiera ido mal añadir el dinero de Verónica Cole, pero si tiene que renunciar a él lo hará. Y quizá busque una cuarta esposa en otro lugar más alejado, como América o Australia, donde continuar su carrera criminal.

—Ha de ser un hombre de gran imaginación. Falsos nombres, identidades diferentes... Eso se arregla con algo más que dinero. Necesita astucia y una gran dosis de osadía. Documentos falsos, referencias amañadas, una personalidad ficticia. Realmente, ¿cuál de esos tres hombres será nuestro invisible adversario?

—Ta vez ninguno de ellos. El que falsea dos pasaportes, dos documentos de identificación, dos firmas y dos orígenes diferentes, puede hacerlo con tres o con cuatro del mismo modo.

—Y quizá no sea irlandés, galés ni escocés, siquiera.

—Quizá no. Hablé personalmente con el señor Jones en París —recordó el comisario francés, entornando sus picaros ojos de *boulevardier* irónico y chispeante—. Lo recuerdo como un hombre joven, no mayor de cuarenta años, vital, saludable, quizá deportista, inteligente y, sin duda, muy buen actor. Puedo trazar un perfecto retrato-robot de él, señor Crane. Eso es lo poco que puedo hacer para compensar, en muy pequeña parte, mi estupidez de entonces, al no echarle el guante antes de que fuese demasiado tarde. La historia del supuesto robo por parte de un merodeador, me desorientó de momento.

—No se culpe de ello, comisario. A mí me hubiera sucedido igual. Usted no poseía la menor evidencia contra él. ¿De qué iba a acusar a un hombre con tan sólida coartada?

—Las coartadas se derrumban, cuanto más sólidas son... sólo con disponer de un elemento contundente.

—¿Cuál?

—Un cómplice —dijo con sencillez el policía parisino.

—Un cómplice... —Norman Crane frunció el ceño. Recordó algo, asintiendo lentamente—. Sí, puede existir. Un cómplice femenino.

—Es lo más lógico, dado el caso. La amante fiel. La compinche a quien realmente ama nuestro criminal, y por quien hace todo eso... o a quien necesita ineludiblemente, en tanto dure su carrera criminal. Me complace que opine usted, siendo inglés, como cualquier policía francés: *cherches la femme*.

—Tengo mis motivos para ello, comisario. No hablo por simple rutina. Hay una mujer por medio...

—¿Sí? ¿Quién?

—Si supiera su nombre... Sólo sé de ella que es alta, esbelta, llamativa de figura... y que cubre su rostro con un velo gris, al menos cuando regresó con Cole de un breve viaje a Edimburgo...

—Poca cosa es. Pero al menos, nos explica una parte del misterio: cada vez que ha matado a su esposa, ha utilizado a su cómplice, mientras él se dejaba ver donde era imposible que nadie le relacionara con lo sucedido. Una sólida coartada... y un crimen impune. Era su técnica.

—Sí, muchas cosas se van explicando, comisario De Xavier... pero no todas. Ni mucho menos. El más inquietante factor de todo este enigma, se mantiene vivo, insondable.

—¿De veras? —El comisario enarcó las cejas, pareciendo salir de su somnolencia para mirar, perplejo, a su Colega británico. Pareció animarse más al indagar—: ¿De qué está usted hablando, *monsieur l'inspecteur*

?

—De la venganza del ahorcado.

—La... ¿qué? —Abrió mucho sus ojos Gastón de Xavier.

—Una maldición de ultratumba, comisario. Dirá usted que somos muy aficionados los británicos a esa clase de cosas, pero en este caso, el factor irreal no se ha despejado del todo. Y yo no puedo creer en coincidencias tan fantásticas como ésta. Puede producirse una casualidad una sola vez, pero no dos. Y tres, menos aún.

—Sigo sin ver a qué se refiere usted, amigo mío —se quejó el

francés.

—Cuando se lo diga, lo entenderá menos —suspiró Crane, sacudiendo la cabeza, en tanto iban penetrando ya en los barrios extremos de la gran urbe, camino de New Scotland Yard—. Las dos mujeres asesinadas eran amigas entre sí. Al menos, lo fueron hace cinco años. Y también lo era de ellas Verónica Cole. Y aún había una cuarta mujer, Hazel Evans, amiga de todas ellas. En suma, eran cuatro chicas. Y todas tenían una común amiga que completaba el quinteto de alegres muchachas de buena familia, acomodada posición y singular belleza. Esa quinta amiga, Rosemary Harris, entró en relaciones con un joven, Sherman Voss, pero cuando éste quiso formalizar esas relaciones, Rosemary se burló de él, diciendo que no era hombre adecuado para convertirse en su prometido formal, ni mucho menos. Voss, herido en su amor propio, parece que empezó a sentir un odio tan fuerte como fuera su pasión anterior por Rosemary. Y cuando ésta apareció abrasada en un yate en llamas, propiedad de ella, la policía sospechó que Sherman Voss fuese el culpable. O, cuando menos, el principal sospechoso en las investigaciones. Voss no tenía coartada, pero tampoco parecía tener un auténtico espíritu de asesino o ser tan vengativo como para llegar al crimen. Eso hizo dudar a las autoridades. Y entonces, de las cuatro amigas de Rosemary, tres se prestaron a figurar como testigos para la acusación. ¡Y qué testigos!

—¿Hundieron a Voss, tal vez?

—Por completo. Juraron haberle visto deambular en torno al yate, cosa que él negó siempre, pocas horas antes del hallazgo del barco incendiado, con su fúnebre carga, tras el fracasado intento de una joven bañista por salvarla, resultando también con quemaduras. También juraron haber visto un día a Sherman Voss prender fuego a un perro vivo, atado a unos maderos, sólo porque el animal le destrozó unas prendas nuevas. Negó desesperadamente todo ello, así como las pretendidas amenazas de muerte vertidas contra Rosemary cuando ella se mofó de sus sentimientos. Todo eso, influyó decisivamente en el jurado y en el tribunal. Fue condenado a muerte.

—¿Y ejecutado?

—Y ejecutado, sí. Cuando se supo perdido, juró vengarse después de muerto, y acusó de perjurias a las tres mujeres.

—Siempre habla usted de tres mujeres. Y eran cuatro las amigas...

—Sí. Verónica Cole, de soltera apellidada Grant, nunca cooperó en esas acusaciones. Se limitó a decir que Sherman era un hombre violento y se sentía humillado, pero eso fue todo.

—Ya. Aun así, iba a seguir la misma suerte de esas otras. ¿Y la cuarta chica? ¿Quién es?

—Hazel Evans. Ésa no está casada... todavía —sonrió Crane—. Pero ¿quién nos dice que, en el plazo de un año, el caballero Miles-Jones-Cole no se hubiera casado también con ella, con el nombre de Smith o Brown, pongamos por caso?

—De modo que ésa no peligra todavía —sonrió afablemente De Xavier.

—Nunca se sabe. —Crane se encogió de hombros—. No me fío de nadie. Mis averiguaciones sobre Hazel Evans son que heredó una buena fortuna de su difunto padre, viudo hacía ya años, y en vez de dedicarse a los negocios, cría ganado en el norte de Inglaterra y posee grandes extensiones de las mejores tierras de pastos. Pero tiene un amante. Un tal Thomas Nye. Ya he pedido datos y referencias completas de él, por si acaso.

—Por si acaso se parece al esposo de Verónica Cole... y al caballero Jones que yo conocía en París, ¿no es cierto?

—Bien cierto. Ahora que conoce todos los hechos, ¿qué opina usted, comisario?

—No sabría qué decirle —sonrió pensativo el policía francés—. El caso ofrece dos curiosas vertientes: la completamente natural y lógica, sobre un asesino seductor, coleccionista de esposas muertas. Una especie de moderno Barba Azul con mil identidades diferentes. Por el otro... unas mujeres muy relacionadas entre sí, ligadas a un hecho macabro y enigmático del pasado, y amenazadas por el juramento de un hombre muerto en la horca. Esta última posibilidad es, ciertamente, improbable. O, cuando menos, totalmente irreal. Yo no rechazo del todo las cosas del Más Allá, pero sólo como ciudadano privado. Como policía, *mon ami*, me debo a la más estricta lógica racional y ésa me obliga a rechazar la existencia de venganzas de ultratumba.

—Pero la relación de las víctimas existe. ¿Puede ser coincidencia? —indagó Crane, entrando ya con su coche, en pleno

centro urbano, entre un tráfico denso y complicado.

—No —negó rotundamente Gastón de Xavier, irguiéndose en su asiento con gesto grave, con una mirada brillante que daba singular animación a sus ojillos agudos—. Ahí está lo raro, *monsieur l'inspecteur*

... No puede ser coincidencia pura. Hay algo, sí, pero... ¿qué es ello?

Hubo un silencio mientras rodaban camino del centro policial londinense. Poco más tarde, el coche oscuro de Crane penetraba por las puertas de New Scotland Yard, hacia el *parking* destinado a los jefes y oficiales del organismo policíaco más importante de Europa y, quizá, del mundo. Estaba aparcando ya entre una batería de coches, cuando Norman Crane se dio un golpe en la frente, como si se le hubiera ocurrido súbitamente algo.

El comisario De Xavier le contempló intrigado, a la espera de lo que pudiera significar aquel ademán.

—¿Algo nuevo, inspector? —se interesó.

—¿Nuevo? No, no creo que lo sea. Ni siquiera sé si existe lo que imagino. Pero, de todos modos, es una posibilidad. Y explicaría racionalmente algunas cosas, caso de confirmarse, comisario.

—¿Puede decirme de qué se trata?

—Sí. Es sólo una idea. Una teoría razonable para un misterio aparentemente sobrenatural. No se me había ocurrido hasta ahora imaginar que el ahorcado, Sherman Voss, pudiera tener un familiar... Alguien que le hubiera querido lo bastante como para querer vengarle, una vez muerto...

—Y en ese caso, el familiar sería, naturalmente nuestro hombre invisible —comentó algo excitado el policía francés, con un destello de agudeza en sus ojos.

—Exacto. El asesino de dos mujeres que, casi, casi, pudo haber matado a la tercera... El hombre que se va casando con las que sentenciaron virtualmente a la horca a Sherman Voss, una por una... para asesinarlas después y quedarse con su fortuna. Lo cual explicarla quizá, esa pretendida venganza de un hombre muerto, comisario De Xavier...

CAPÍTULO V

UN GESTO DE TERROR

—Un familiar... —Verónica Cole abrió mucho los ojos contemplando con sorpresa evidente a sus dos visitantes—. No comprendo bien, inspector Crane...

—Está claro, señora. No podemos dedicarnos a la caza de fantasmas. La parapsicología podrá ser una ciencia que empieza a estar de moda, pero me temo que a los jefes superiores de Scotland Yard no les haría gracia que sus subordinados se lanzasen a la busca y captura de semejantes presuntos culpables para un caso criminal.

—Y han pensado en buscar... un culpable real, alguien que no sea, exactamente, un hombre influenciado por un espíritu...

—Eso es, señora. Así se nos ha ocurrido la teoría de... de un vengador.

—Lo siento, inspector —murmuró—. Dudo mucho que mi esposo pueda ser familia de Sherman Voss. Su nombre, su origen...

—Señora Cole, estamos empezando a crear una teoría razonable. Usted lleva poco tiempo de casada, realmente. ¿Qué sabe en concreto de su esposo? ¿Ha visitado con él a su familia, en Edimburgo, quizá?

—No, pero...

—¿Está totalmente segura de que su nombre es Clifford Cole y no cualquier otro? ¿Hace años que le conoce, tiene amistad con personas de fiar que le conocieran de toda la vida?

—Cielos, no, pero... ¿adónde quiere ir a parar ahora, inspector?

—Ella, agitada, se puso en pie, saliendo del porche amplio, asomado a los jardines de su residencia de Primrose Hill, al norte de

Londres. Su elegante figura, ataviada juvenilmente en la soleada mañana londinense, casi hacía perfecto juego con los tonos verde, amarillo y ocre de su jardín, como la modelo de un perfecto *spot* publicitario—. No entiendo lo que trata de decirme con todo eso...

—Está bien claro, señora Cole. Este caballero que me acompaña es el comisario Gastón de Xavier, de París. Pertenece a la Súreté francesa, y se ha puesto voluntariamente en contacto conmigo para resolver una parte de este misterio que, en principio, sólo afectó a usted, y que puede ser, también, que afectara previamente a otras dos mujeres, de modo trágico e irremediable. Usted me habló de la posible influencia de un espíritu, en el cuerpo y la mente de un hombre, empujándole al crimen. Yo le hablo de algo mucho más real y lógico: la posible relación familiar de un asesino con otro. Es decir, el afán de vengar a un ser querido muerto, convirtiendo en víctimas a quienes declararon como testigos contra él hace años. ¿Va comprendiendo?

—Sí... pero... pero ¿qué tiene eso que ver con el comisario, con París y todo lo demás? —Verónica Cole parecía ir de sorpresa en sorpresa. Sus ojos aparecían muy abiertos y llenos de verdadero asombro ante las palabras de Norman Crane.

—Antes, una mujer murió en San Remo y otra en París, ¿lo recuerda?

—Claro. Melissa y María. ¿Qué tiene eso que ver conmigo, salvo nuestra relación de hace tiempo, cuando éramos amigas y ocurrió aquel horrible suceso en el yate de Rosemary Harris, con la posterior condena de Sherman Voss?

—Señora Cole, ¿tiene usted alguna fotografía lo suficientemente clara de su esposo, para que el inspector pueda verla? —respondió Crane con otra pregunta.

—¿Fotografía? —Enarcó ella las cejas, sorprendida—. Pues... no, no creo que haya ninguna en la casa. A Clifford nunca le gustó mucho fotografiarse. Ni siquiera el día de nuestra boda.

—Es decir, que ¿no tiene ninguna fotografía de su esposo, señora? —indagó suavemente el policía francés.

—No, ninguna. —Verónica le miró francamente—. ¿Tan importante es?

—Puede serlo mucho, señora —afirmó De Xavier—. Yo conozco personalmente al viudo de María Jones. Estuve hablando con él en

París, tras la muerte de su esposa. Quería saber si puede ser el mismo que ahora se hace llamar Clifford Cole.

—De modo que es eso...

—Y que antes se hizo llamar Howard Miles —concluyó apaciblemente el comisario parisino.

Hubo un difícil silencio. Finalmente, Verónica meneó la cabeza negativamente.

—No. No puedo ayudarle. Y me gustaría, comisario. Ya le dije que Clifford ha sido siempre muy reacio a fotografiarse...

—Curiosamente, parece que también sucedía algo así con el señor Jones —suspiró Gastón de Xavier, encogiéndose de hombros—. No recuerdo que tengamos fotografía alguna de él en nuestro *dossier*... Pediré a la policía italiana alguna del señor Miles, pero sospecho que nos sucederá exactamente lo mismo.

—¡Un momento! —interrumpió bruscamente la señora Cole, con una expresión excitada en su rostro—. Ahora he recordado algo...

—¿Sí, señora Cole? —indagó Crane, pensativo.

—Una vez... una vez, nos hicieron una fotografía. Fue durante una fiesta, y recuerdo que Clifford, cuando se enteró, se puso furioso. No había advertido nada, y al mostrarle yo la fotografía, la rompió en mil pedazos, diciendo que era estúpido fotografiarse sin razón alguna, en todas partes. Se puso tan enfadado, que ni siquiera me dio tiempo a explicarle que nos habían hecho dos copias, y aún quedaba otra...

—Señora, ¿es posible que usted tenga ahora esa copia? —preguntó esperanzado el hombre de París.

—Pues... sí. Creo que sí la tengo, a menos que se haya extraviado —asintió ella, frunciendo el ceño.

—O que su esposo la haya encontrado posteriormente —señaló Crane, preocupado.

—No, no creo que lo hiciera. Está entre mis cosas personales —ella echó a andar hacia la casa—. Vengan, por favor. Tal vez aún esté allí...

Por primera vez, se veía excitado e impaciente a Gastón de Xavier. Era su gran oportunidad de comprobar si su teoría era cierta, y también la de Crane. Era como si por primera ocasión, estuviesen a punto de aprehender a un auténtico fantasma.

Momentos más tarde, Verónica Cole removía sus objetos

personales, sus facturas, correspondencia, viejas fotografías y cosas parecidas, en busca del indicio anhelado.

—¡Aquí está! —exclamó finalmente, extrayendo de entre todo ello una fotografía de tamaño reducido, tomada en un restaurante al aire libre, en un día de buen sol. Verónica y su esposo no miraban a la cámara, sino que charlaban distraídamente entre sí, y ello demostraba que Clifford Cole no había podido evitar que le fotografiasen, porque ni siquiera se enteró de que la cámara era disparada en ese momento.

Crane contempló el rostro del marido de Verónica. Luego, miró fijamente a Gastón de Xavier, cuyos ojos se habían clavado en la fotografía.

—Sí —dijo el policía francés—. Puede ir preparando la orden de arresto contra él, inspector Crane. Es el mismo hombre. El que yo conocí como viudo de la señora Jones en París. Sólo ha cambiado el color de su cabello...

Verónica Cole era una mujer de rara entereza. Sin embargo, quizá era demasiado para ella lo que acababa de confirmarse en su propia presencia.

Y se desvaneció en brazos de Norman Crane.

* * *

—De modo que ya es algo más que una teoría...

—Sí, Saddle —afirmó Crane, sin dejar de andar con paso rápido por los largos pasillos de New Scotland Yard, llevando a su lado a la joven reportera del Weekly Mystery—. Es mucho más que una teoría. Tenemos informes de Edimburgo, de Dublín, de País de Gales... Los hombres llamados Howard Miles, Leonard Jones y Clifford Cole, no existen allí como tales, ni corresponden los datos a los esposos de esas tres mujeres. En suma, ninguno de éstos es su nombre. Y si es galés, escocés o irlandés, lo será con otra identidad que no poseemos. La fotografía del restaurante no es muy buena, pero ha sido enviada ya a todas las centrales de policía, para la obtención de datos posibles sobre su identidad real.

—De modo que el hombre invisible, cobró forma al fin...

—Una muy vaga y confusa. La policía de San Remo recuerda que el esposo de Melissa era bastante rubio. Jones era pelirrojo, y Cole es castaño. La próxima vez, imagina, se teñirá el cabello de

negro intenso. También parece que usó lentillas de color a veces, para variar la tonalidad de sus ojos. De cualquier modo, algo es ya seguro: se trata del mismo hombre. La teoría era cierta.

—Te felicito, Norman. Es todo un éxito. Ahora, capturar a Clifford, será lo más fácil del mundo. Apenas llegue del continente...

—Falta todavía eso: capturarlo. No ha regresado. Ni Verónica tiene noticias de él. Veremos lo que sucede. Algo de todo esto me preocupa, Saddy.

—¿Sí? ¿Qué es ello?

—La mujer del velo.

—¿Quién?

—Esa mujer que acompañaba a Cole-Jones-Miles, o a Míster Equis, como podríamos llamarlo de momento, en uno de sus viajes. Es obvio que en todas las ocasiones anteriores, nuestro criminal tuvo la inestimable colaboración de una mujer. Es más, creo que la mujer fue la autora material de los crímenes, aunque movida por él en todo momento. Esa mujer puede estar ahora aquí, en Londres. Vigilando a Verónica, por si fallaba el veneno en el té. De ser así, a estas horas sabe perfectamente que ella fue a Scotland Yard, que nosotros hemos estado en su casa, y todo lo demás es fácil ya de imaginar. Esa pareja no es tonta, ni mucho menos.

—¿Qué temes, entonces?

—Que el pájaro vuele —suspiró Crane—. Recuerda que nos enfrentamos a un hombre que ha heredado ya dos considerables fortunas. Posee medios para eludir la búsqueda policial. Y si sabe que su juego ha sido descubierto, lo hará sin perder tiempo. Pueden pasar años enteros sin que demos con él... y sin que Verónica Cole vuelva a ver a su esposo.

—Confío en Scotland Yard. Vivo o muerto, le encontraréis —sonrió Saddy, entre burlona y convencida.

—Eso es lo que más me preocupa —refunfuñó Crane—. Que lo encontremos muerto. Si fuera así, ¿cómo llegaríamos hasta la misteriosa dama que forma con él la pareja criminal? Pero de todos modos, ese hombre no es fácil que se mate, ni cosa parecida. Aunque sí pudiera fingirlo, naturalmente, y...

Se interrumpió. Un agente uniformado había salido de un despacho cercano, con un papel en la mano. Al verle, se apresuró a

acercarse.

—Inspector Crane, iba a entregarle esto —dijo—. Es un mensaje urgente para usted.

—Gracias,

O’Ryan

—sonrió Norman, tomando el documento.

Era un télex de urgencia. Su texto, sumamente breve y expresivo:

«Avioneta privada fletada por Clifford Cole en Lisboa, sufrió accidente sobrevolando el Atlántico. Estalló en el aire. No hay supervivientes. A bordo había un solo cadáver, calcinado y mutilado, con documentos de identificación a nombre de Clifford Cole, de Edimburgo».

Crane apretó los labios con una dura expresión. Cambió una fría mirada con Saddie Windsor, a tiempo que le tendía el télex con gesto huraño.

—Lo que me temía —dijo roncamente—. Clifford Cole lo sabía ya todo. Se ha quitado de en medio limpiamente.

—¿Un suicidio? —dudó Saddie.

—Cielos, claro que no. Puso a algún desdichado a bordo de la avioneta, y se tiró al mar cuando no pudiera ser visto. Todo preparado, estoy seguro. La avioneta estalló con esa otra persona a bordo, probablemente rociada ya de gasolina, para ser irreconocible al fin del accidente. Clifford Cole sigue tan vivo como tú y como yo. Pero ahora será mucho más difícil aprehenderle, por una razón muy sencilla: no sabemos qué nueva identidad adoptará, tras su fracasado plan con Verónica Cole. Sólo que el peligro sigue acechando a ésta, ahora desde todas partes, fuera y dentro de su casa... Y también a la cuarta mujer que se sentó aquella vez en el banquillo de los testigos, Hazel Evans...

* * *

Era una suntuosa residencia campestre, a pocas millas de Londres, en la carretera de la capital a Leicester. A la altura de Saint

Albans, aproximadamente.

Hazel Evans no se dedicaba a negocios de ninguna clase. Pero era una mujer rica, y sus propiedades abarcaban amplias áreas de pastos, para la crianza de ganado vacuno. Resultaba difícil localizarla. Crane lo había hecho tras varias tentativas telefónicas, y finalmente, ella le concertó aquella cita en su residencia más próxima a la ciudad, para aquella tarde apacible y húmeda, con el cielo ligeramente encapotado, amenazando llovizna.

Había sido preciso que Crane le mencionara los nombres de Melissa, María y Verónica, así como el de Sherman Voss, para que la mujer se prestara a recibirle. Y al convenir la visita, parecía por vez primera realmente preocupada.

Detuvo Crane su automóvil junto a la valla de madera de un cercado de pastos. Algunas reses pastaban tranquilamente, y se limitaron a mirar con curiosidad el vehículo mecánico que turbaba su reposo. Unos capataces y peones trabajaban en unos próximos cobertizos, en tareas ganaderas sin duda.

Crane caminó por un sendero entre altas hierbas y frondosas arboledas, camino de la casa roja, de ladrillos, con tejado de pizarra gris oscura, admirando el lugar y sus pacíficos alicientes. Era como sentirse en otro mundo, al pasar desde el torbellino gris de la gran urbe, a un lugar semejante, sin ruidos, sin gente, sin aire viciado, sin humos.

Había acudido sólo a la cita. El comisario De Xavier prefería quedarse en Londres resolviendo otros asuntos, y estableciendo contactos con Francia e Italia, en torno al ya desaparecido esposo de Verónica Cole. También quería investigar la posible identidad del ocupante sacrificado en la avioneta siniestrada.

Crane llegó ante la casa. Miró en derredor. Nadie salía a recibirle, pese a que era singularmente puntual. La cita se convino para tomar el té de las cinco. Su reloj marcaba justamente las cinco y dos minutos en este momento.

Vio una mesa dispuesta para el té, bajo un toldo multicolor, en una rotonda cercana a la casa, así como un libro y unas gafas de sol sobre una silla de metal cercana. Miró en torno. Ni rastro de persona alguna.

Caminó unos pasos hacia la puerta y las vidrieras que asomaban a la fachada principal de la casa roja. Observó que la puerta estaba

solo entreabierta, y antes de pulsar el llamador situado junto a la entrada, juzgó que no hacía ningún mal oteando el interior.

Asomó su cabeza al vestíbulo de la casa, amplio y suntuoso. Entonces vio aparecer a la persona por un corredor lateral.

No era Hazel Evans, sino un hombre. Un hombre alto, fornido, joven, con chaqueta de cuero, pantalón de dril azul, muy ceñido, y camisa estampada, de vivo colorido. Llevaba cabello rizado y gafas de sol de vidrios color amarillo oscuro. A primera vista, se parecía al cantante Tom Jones, pero luego, de cerca, sus facciones resultaban algo más duras, y su mirada menos risueña.

—Buenas tardes —saludó—. ¿El inspector Crane, de Scotland Yard?

—El mismo —asintió Norman, estudiándole—. La señorita Evans me citó hoy...

—Lo sé. No tardará en bajar. Hazel le esperaba, y ya veo que es usted puntual. Yo soy su amigo y ayudante, Thomas Nye...

—Oh, sí, entiendo. —Norman Crane estrechó la mano al joven. Ya se había imaginado que sería el amante de Hazel Evans—. Espero que la señorita Evans no se haya inquietado demasiado por mi llamada...

—Bueno, la verdad es que parecía preocupada cuando habló con usted, y ha pasado el resto del día bastante abstraída —asintió con un enérgico movimiento de cabeza Thomas Nye—. Según parece, usted le recordó algo que ella deseaba fervientemente olvidar...

—Sí, me temo que sí —estudió Norman a Thomas Nye con interés, antes de indagar—: ¿Usted sabía lo... lo de Sherman Voss?

—Claro. Siempre lo supe —afirmó él—. Hazel no hizo un tabú de ese tema. Habla de él a veces. No sé si está arrepentida de su papel en el drama. Lo cierto es que sí se siente preocupada, como temerosa...

—Temerosa... ¿de qué?

—Usted debe saberlo, inspector. Ella ha sabido de las muertes de dos amigas suyas en Europa. Teme... teme que haya algo raro en todo eso.

—Lo hay —suspiró Crane—. Por eso he venido a verla. Lo que me cuente la señorita Evans puede serme muy útil. Buscamos a un asesino peligroso. Y, desde luego, ella será la primera beneficiada si logramos capturarlo antes de que prosiga su cadena de crímenes.

—De modo que es cierto... —musitó Nye, frotándose el mentón—. Existe una venganza del ahorcado...

—Llámela así, si quiere —miró a Nye fijamente—. ¿La señorita Evans le habló alguna vez de Sherman Voss? ¿Recuerda si mencionó que tuviera familia, o cosa parecida?

—No sé exactamente, pero... sí, creo que sí —los ojos oscuros brillaron tras las gafas color caramelo amarillento. Se agitó los rizados cabellos con una mano—. Hazel ha hablado de alguien, un pariente creo... pero no recuerdo bien. Ella se lo podrá decir con más detalle.

—Eso espero, señor Nye..., por el bien de ella, en primer lugar —impaciente, Crane miró hacia la escalera ascendente—. Bien, esperaré fuera a la señorita Evans...

—No, no hará falta. Espere. Voy a buscarla —sonrió Thomas Nye jovialmente—. Ella, cuando está retocando su aspecto, si hay visitas, siempre se demora demasiado. Bajaré en seguida.

Y se alejó escaleras arriba, subiéndolas ágilmente de tres en tres, mientras su voz potente llamaba:

—¡Hazel, Hazel! ¡Vamos, no hagas esperar más a tu visitante! ¡Hazel, el inspector de Scotland Yard ya está aquí...!

Crane esperó, contemplándose la puntera de su zapato mientras golpeaba rítmicamente en la roja alfombra del vestíbulo. Afuera, la tarde era un juego delicioso de grises suaves, azules difuminados y verdes variados y brillantes. En la distancia, mugían un par de reses, y se oían voces apagadas de sus cuidadores.

Transcurrieron unos segundos. Muy pocos. Súbitamente, arriba, sonó una voz. Un grito.

—¡Dios mío, no! —Sonó la voz de Nye—. ¡Hazel, no...!

Había angustia en aquella exclamación. Y algo más. Quizá... terror.

Norman Crane miró hacia lo alto. Luego, emprendió vertiginosa carrera escaleras arriba. Algo le decía que las cosas iban mal en la casa de Saint Albans...

Cuando alcanzó la planta alta, descubrió a Thomas Nye, erguido ante una puerta abierta, vacilante. Y con el rostro convertido en una especie de máscara de yeso.

Llegó hasta donde él estaba. Miró al interior de la estancia.

Lo primero que vio, fueron los ventanales abiertos, la brisa

campestre agitando suavemente los cortinajes, y el bello paisaje visible desde la habitación, en toda su amplitud.

Luego, descubrió inmediatamente a la mujer. Tendida sobre la alfombra, inmóvil boca arriba. Nye estaba sollozando, con voz quebrada:

—Hazel... Hazel...

Era ella, sin duda alguna. Hazel Evans. Estaba muerta. Tenía enrollado al cuello un largo pañuelo de seda de color rojo intenso. Tan apretado, que había amoratado su rostro, hinchándolo. La lengua asomaba entre sus labios distendidos, abultada y oscura. El aspecto del cadáver era horrible.

La faz toda de Hazel Evans era una auténtica máscara de horror sin límites. Sus ojos desorbitados parecían haber visto la más espantosa cara de la Muerte, antes de ser asesinada.

CAPÍTULO VI

LA SOMBRA DE UN AHORCADO

El comisario De Xavier suspiró, bajando la sábana otra vez. Se llevaron el cadáver hacia su acomodo en la Morgue.

—Hace frío aquí —se estremeció el policía francés, hundiendo las manos en los bolsillos de su ligero abrigo gris—. ¿Salimos, *monsieur*

l'inspecteur

?

—Sí, vamos —asintió Norman, ceñudo—. Todo lo que tenía que ver, lo ha visto ya, comisario.

Abandonaron el depósito de cadáveres, saliendo al exterior por una de las rampas del fúnebre lugar, hasta donde les esperaba el automóvil del inspector de Scotland Yard. Ambos hombres se detuvieron un momento junto al coche. Era ya noche cerrada, y estaba empezando a caer una ligera lluvia sobre Londres.

—Nunca vi tanto terror en un rostro... excepto cuando me encaré con el cadáver de *madame* Jones —comentó pensativamente Gastón de Xavier.

—¿También ella reflejaba miedo? —indagó distraído Grane.

—Miedo, no. Pánico —rectificó suavemente el francés a su colega británico—. Como si hubiera visto al mismo diablo. He visto a otras personas asfixiadas. Tienen ese mismo aspecto, pero no un gesto tan terrible, inspector.

—Lo sé. Por eso quise que la viera. Me pareció excesivo el terror de esa expresión, aun considerando las tremendas circunstancias de su muerte.

—Sé lo que está pensando —sonrió tristemente el comisario parisino—. Vuelve a darle vueltas a la cabeza la teoría de... de Sherman Voss, el ahorcado.

—Sí —confesó Crane, sorprendido por la perspicacia de su colega francés—. Es como una sombra que pesa sobre todo el caso. Apenas ha fracasado el proyecto de Cole para matar a su esposa... muere la cuarta testigo, Hazel Evans. Varía la técnica y varían las circunstancias. Pero el hecho se repite. Es otra mujer a la lista. Un nombre menos en la agenda del criminal. Sólo queda Verónica Cole en estos momentos.

—Vigilada cuidadosamente, imagino.

—Imagina bien, comisario. No podemos fiarnos de nadie —suspiró Crane—. Ahora están interrogando a Thomas Nye en las dependencias policiales. No creo que obtengan nada. Parece ser sólo lo que era: el gigoló de Hazel Evans, su amante y protegido.

—¿Ha comprobado que no se trate del propio Cole-Miles-Jones?

—Sí. No se parece en nada al hombre de la fotografía. De todos modos, comprobarán si va desfigurado de alguna forma, pero sería ridículo imaginarse una caracterización que alterase tanto a un hombre. Esto no es una novela de Sherlock Holmes, amigo mío.

—Oh, no se burle de su compatriota literario, *mon ami* —susurró De Xavier apaciblemente reclinado sobre el coche de Crane—. La deducción es importante siempre. Este caso va resolviéndose por pura deducción, a fin de cuentas.

—¿Resolviéndose? ¿Usted cree? —dudó Norman Crane, malhumorado.

—Vaya tomando nota: sabemos que tres de las testigos han sido asesinadas. Todas parece que vieron algo horrible, antes de morir. ¿La sombra del ahorcado? Posiblemente. Pero ni usted ni yo creemos en aparecidos. Por tanto, ¿por qué no suponer que fue alguien totalmente real y tangible, pero capaz de provocar ese terror en ellas?

—¿Qué deducción espera que saque de todo eso? Yo no soy Holmes. Ni siquiera Conan Doyle.

—Aun así, puede deducir algo, estoy seguro. Siga mi razonamiento, por favor.

—Está bien. Si eso le divierte... —Crane frunció el ceño y miró al asfalto charolado, más allá de la marquesina de la Morgue, que

cubría su coche y, por tanto, también a ellos—. Supongamos que lo que vieron las tres mujeres podía provocar ese enorme terror en ellas. La muerte, de por sí, asusta. Pero el propio aturdimiento del instante impide que semejante expresión de pánico aparezca en la víctima. Por tanto, fue una sensación anterior a la propia muerte. Es decir, el encontrarse ante algo o alguien que les aterrorizaba.

—Exacto, *monsieur* —sonrió Gastón de Xavier, asintiendo.

—Y a ellas, sólo una cosa en este mundo les podía asustar así: Sherman Voss.

—Eso es. Pero Sherman Voss está muerto, *monsieur*. Y hemos quedado en que los muertos no se levantan de su tumba para vengarse...

—Por tanto, tuvo que ser... la supuesta presencia del ahorcado. Alguien que se lo hiciera recordar, que les obligase a pensar en la venganza de ultratumba... Y ese alguien podría ser, por tanto...

—¿Sí, *monsieur*?

—... Alguien que se pareciese mucho a Voss. ¡Un hermano gemelo, por ejemplo!

—Exacto —suspiró el policía francés—. Un hermano. Quizá mellizo. Muy parecido a Voss. Capaz de representar su papel.

—Pero... pero el hombre de la fotografía, por lo que he podido averiguar, no se parece a Voss en absoluto. Tenemos fotografías del hombre que fue ahorcado. Si desea examinarlas minuciosamente, hágalo.

—Ya lo hice —sonrió De Xavier—. Mientras usted estaba en Saint Albans... El gesto de terror de la señora Jones, en París, ya me había preocupado lo suficiente.

—¿Y...?

—Nada. Nuestro hombre no tiene la menor semejanza con las fotografías de Sherman Voss.

—¿Entonces...? —Crane sacudió la cabeza, abriendo la portezuela del coche—. Eso nos lleva a un callejón sin salida, comisario. No sabemos de la existencia de otros cómplices. Un asunto así no se realiza entre varias personas. Máxime, entre dos. Y sabemos que ése cómplice, de existir, es... una mujer, no un hombre. Vamos, comisario. Falló el sistema deductivo de su admirado Sherlock Holmes. En marcha. Este lugar me produce escalofríos.

Silencioso, el comisario se acomodó junto a él. Hurgó en sus bolsillos, sacando tabaco negro francés, que encendió, ofreciendo un cigarrillo a Crane. Éste se apresuró a negar con la cabeza.

Partieron hacia Scotland Yard. Ambos hombres iban en silencio. Como agobiados por la lluvia, por sus pensamientos, por el aparente fracaso de su deducción.

—Creo que no hay error en cuanto hemos desarrollado, *monsieur* —dijo al fin, ceñudo—. Sólo que algo se nos escapa... Algo elemental, diría yo. Está ahí, pero se nos va, huye de nuestras manos. Y en eso estriba el fracaso. Si pudiera dar con ello...

—Creo que es inútil, comisario —negó Crane—. Tenemos a nuestro asesino perfectamente identificado. Y a su cómplice, que es una mujer de la que nada sabemos. Pero ni él puede ser confundido con el ahorcado, a menos que sea un maestro en el arte de caracterizarse... ni la mujer del velo podría asustarlas de ese modo, puesto que es una mujer, y no puede parecerse a un hombre ahorcado.

—¡Un momento! —cortó el comisario bruscamente. Se irguió, mirando excitado a su colega inglés—. Tal vez usted haya dado en el clavo sin saberlo, amigo mío...

—¿Yo? ¿En qué clavo? —dudó Crane de su colega.

—Ha mencionado a la mujer... Sí, inspector. Sabemos que ni en San Remo ni en París, pudo ser el esposo el culpable. Al menos, el directo autor del crimen, ya que precisaba su coartada en otro lugar diferente. Pero si la ejecutora material del hecho ha sido siempre la mujer... ¿es ella quien les asusta!

—Sí, parece evidente. Pero ¿por qué?

—Hemos estado hablando de un hermano de Sherman Voss. Pero ¿qué hay sobre UNA HERMANA? Una mujer, lo bastante parecida a Voss... Pongamos que pudiera ser un poco varonil. Por las fotografías observé que el ajusticiado era un hombre algo blando, quizá poco viril en su apariencia. En ese caso, una mujer que se parezca, que acentúe ese parecido, que se vista con ropas de hombre y surja de repente ante sus víctimas, que nada saben de esa semejanza... provoque el *shock* de terror que hemos visto como detalle común en todas las víctimas.

—Eso es más razonable, aunque sigo opinando que resulta muy teatral y efectista —aceptó, ceñudo, Crane—. Pero es evidente que,

si el familiar de Voss quiere una venganza completa, además de matar necesita dejar constancia en sus víctimas de que es el ajusticiado quien vuelve de la tumba para vengarse. Entonces, para una situación tan truculenta, hace falta una interpretación de *grand guignol*, ciertamente.

—Me alegra que lo entienda. Ahora, sólo queda saber si la familia de Sherman Voss es posible localizarla.

* * *

Saddie Windsor terminó de teclear el artículo de la última edición, y arrancó el papel del rodillo de su máquina. Al incorporarse, estiró un poco su corta falda sobre los muslos bien torneados, y miró pensativa a su visitante en la redacción del *Weekly Mystery*.

—De modo que es eso lo que estás buscando...

—Sí. Y necesito tu ayuda, Saddie.

—¿Mi ayuda? ¿En qué puedo yo ayudar al todopoderoso Scotland Yard?

—Oh, no seas tonta —rió entre dientes, aunque con cierta hosquedad, Norman Crane—. Tú formas parte de la prensa. Y la prensa es el arma más eficaz para propagar las cosas. Necesito propaganda, Saddie.

—¿Personal, tal vez? —Saddie le miró, irónica—. Quedarás bien. Eres guapo y arrogante. Es posible que te contraten para el cine y la televisión...

—Déjate de bromas. Se trata de publicar un retrato, sí. Pero no es mío... sino éste. —Crane depositó ante la muchacha una composición fotográfica singular.

Ella la miró, perpleja.

—¡Cielos, ése es el retrato de Sherman Voss! —exclamó—. Pero... pero con cabellos y ropas de mujer... ¿Qué significa este juego, Norman?

—Significa que Voss pudo haber tenido una hermana, eso es todo. Y necesitamos dar con ella, esté donde esté. Quizá esa composición hecha por nuestros expertos dé resultado.

—Queda bastante fea como mujer. Muy poco femenina, cuando menos —ponderó críticamente Saddie, estudiando la fotografía retocada y arreglada—. ¿De veras crees en una hermana del

ajusticiado, convertida en vengadora implacable?

—Parece que nuestro amigo el parisino cree mucho en los métodos deductivos. Y deduciendo, hemos llegado a esta conclusión, preciosa. No es mía toda la culpa.

—He estado examinando el *affaire* Voss en nuestros archivos, Norman —habló gravemente Saddy—. Tuvo realmente un hermano, llamado Edgar Voss. Pero según mis datos, emigró a Australia tras el proceso en que su hermano fue condenado y ejecutado.

—Sí, esos datos constan también en Scotland Yard. Hemos pedido ayuda a Australia, pero puede tardar años en llegar. O no llegar nunca. Aunque siga allí, Australia es inmensa. Y si ha cambiado de nombre, será como buscar un grano de arroz en una playa.

—De acuerdo. Sin embargo, no me consta referencia alguna sobre una hermana de Voss. No había más familia que los dos hermanos. Y Edgar era mayor que Sherman en cinco o seis años. Disfrazado de mujer, resultarla un mamarracho.

—De todos modos, publica eso. Puede ser también una mujer enamorada de Voss, que haya recurrido a la caracterización, ¿yo qué sé? Lo cierto es que tenemos dos criminales, hombre y mujer. El hombre está físicamente muy bien definido ya, aunque ignoramos su identidad real. La mujer, es una incógnita. Hemos pedido la lista completa de pasajeros de aquel vuelo Edimburgo-Londres en que fue visto el supuesto Clifford Cole con la mujer del velo. Pero aunque obtengamos su nombre, quizá no nos diga nada, si hace como él y usa identidad falsa.

—Cuenta conmigo —ella tomó la fotografía—. Haremos una plancha de urgencia y saldrá en nuestras páginas de huecograbado, bien visible, con un titular que diga, aproximadamente: «¿Ha visto usted a esta mujer alguna vez? ¡Cuidado! Puede ser una feroz criminal. Avise a Scotland Yard o a este periódico lo antes posible». Ya verás como hay mañana un centenar de llamadas asegurando haberla visto por todo Londres, aunque nadie la vea. La gente es así, Norman. No creo que saques nada en limpio de todo esto...

—Yo tampoco —suspiró el inspector de Scotland Yard, encogiéndose de hombros—. De todos modos... publícalo, por favor. Y también la fotografía de Miles-Jones-Cole que te facilité el

otro día, quitando de ella a Verónica Cole. A él sí tiene que haberle visto mucha gente, y puede ayudarnos a identificarle de verdad. Espero que algo resulte bien en este maldito asunto...

—Yo también. Norman. ¿Alguna pista en la casa de Hazel Evans?

—Muy pocas, pero confirman nuestras teorías. Los expertos hallaron huellas de calzado de mujer, plano y cómodo, en la ventana de la habitación y en el césped. Utilizó una motocicleta para huir, en dirección a Londres. Hay testigos que aseguran haber visto a una mujer en motocicleta. Eso no significa mucho, pero corrobora la idea de una mujer criminal... Nye parece inocente. Le mataron su gallina de los huevos de oro, y ahora tendrá que buscarse otra. Supone que debieron atacar y estrangular a Hazel cuando él estaba en los pastos, entre cuatro y cuatro y media, paseando. Los mozos le vieron por allá, pero no importa mucho, ya que es una mujer quien entró en esa alcoba a matar a Hazel.

—Ya sólo queda Verónica, para que la venganza del ajusticiado quede completa.

—La venganza del ajusticiado... —Norman sacudió la cabeza, malhumorado—. Suena a folletín barato, de fin de siglo. Pero supongo que no puedo evitar que lo llamen así para vender más diarios...

—Sí, querido Norman —suspiró ella—. La prensa somos un monstruo voraz y cruel, que muchas veces demuestra su mal gusto, para captar la atención del lector. Pero creo que la culpa de todo la tiene quien compra esos periódicos.

Crane hizo un asentimiento distraído y se encaminó a la salida. Saddle le miró, preguntando:

—Dentro de una hora habré terminado con todo. ¿Almorzaremos juntos, Norman?

—Me gustaría hacerlo, Saddle. Pero vuelvo a Scotland Yard. Creo que acabaré llevándome la cama y las zapatillas también allí... —concluyó malhumorado, al salir de la redacción del Weekly Mystery.

* * *

No fue un día de mucha suerte para Crane.

Desde Australia, la respuesta fue negativa. Les constaba que un

Edgar Voss llegó a Sídney hacía cinco años largos, pero eso era cuanto sabían. Luego se había marchado, al parecer hacia Adelaida, y allí se perdía todo rastro de él.

Las fotografías publicadas en la prensa londinense, dieron tan nutrido como inútil resultado. Cientos de personas creyeron conocer al hombre fotografiado, pero muchos de ellos estaban equivocados, otros eran simples chiflados, y algunos le conocían sólo por su identidad de Clifford Cole. En cuanto a la dama del rostro preparado en fotomontaje, resultó tener aún más personas que la conocieran, y llegaron a dar de ella hasta ciento cincuenta nombres diferentes que, al empezar a ser revisados, se probó que no eran en absoluto reales, como tampoco lo era la información de los lectores.

Crane, malhumorado, dejó el asunto en manos del sargento Goodwin, de allí en adelante, negándose a interrogar a más personas que afirmasen conocer a la dama del velo. Sin embargo, pacientemente, el comisario Gastón de Xavier siguió ocupándose de modo minucioso de ese aspecto del caso, esperando sin duda un milagro.

Fue Sddie quien tuvo el golpe de fortuna aquel día nefasto para Crane y para Scotland Yard. Si es que a aquello se le podía llamar fortuna...

La llamada llegó justamente a las seis y media de la tarde, cuando ya oscurecía sobre Londres, y la llovizna de los últimos días, pertinaz y molesta, volvía a hacer acto de presencia en sus calles.

—Es para ti, Sddie —dijo otro redactor, pasándole la llamada—. Urgente y personal.

—Gracias —tomó el auricular resueltamente—. ¿Dígame? Sí, aquí el Weekly Mystery. Yo soy Sddie Windsor, su reportera de sucesos.

La voz del hombre sonó grave, pastosa. Con un extraño tono apresurado:

—Señorita Windsor, necesito hablar con usted. Urgentemente.

—Bien, ya lo está haciendo. ¿Qué desea comunicarme, señor?

—Debe de ser personalmente, no por teléfono. El asunto es demasiado grave para ello. Se trata de... de mi vida, ¿comprende? Una demora puede provocar mi muerte.

—No, no comprendo —ella arrugó el ceño—. ¿Qué le ocurre? Parece una llamada más propia de la policía...

—No, la policía no —jadeó el hombre, roncamente. Su voz sonaba muy cerca del micrófono. Tanto, que se captaba su respiración, su aliento entrecortado—. Todavía no, señorita Windsor. He leído su nombre en el Weekly. Y he preferido hablar con usted. Es muy importante. La solución de los crímenes. Ya sabe: Melissa, María, Hazel...

—¿Eh? ¿Qué dice? —Y rápida, Saddie accionó la tecla del magnetófono situado sobre su mesa. La cassette comenzó a girar, en tanto el dispositivo adherido al teléfono, iba recogiendo los sonidos al otro extremo del hilo telefónico, tan nítidamente como ella los captaba. Se apresuró a preguntar, para que el otro no notase la maniobra—. Ante todo, ¿qué tiene que decirme? ¿Quién es usted, señor...?

—Cole. Clifford Cole —rió la voz sordamente, casi con sarcasmo—. Me conocieron últimamente por ese nombre.

—Dios mío, usted...

—Antes he sido Howard Miles y Leonard Jones —continuó la voz, con sarcasmo—. Escuche, no hay tiempo de tonterías ahora. Ya sabe quién soy. No debe temer nada. No hable de esto a nadie. Deme su palabra de que, en tanto no hable conmigo personalmente, no repetirá lo que le estoy diciendo. Por favor, es cosa de vida o muerte, ya se lo dije. Deme su palabra y creeré en ella.

—La tiene —dijo Saddie, con firmeza. Miró al magnetófono que funcionaba, y recitó—: Le doy mi palabra de que no repetiré a nadie lo que está diciéndome, hasta que usted me autorice a ello.

—Gracias —suspiró con alivio el comunicante—. La espero. Apresúrese. Puede ser el gran reportaje de su vida. La verdad sobre todos estos crímenes. Una terrible historia de muerte y de horror. La espero. No se demore. Sólo le pido ayuda, a cambio de esa crónica exclusiva para su diario. Yo... yo la ayudaré a que entregue a la justicia a esa mujer cuyo retrato publican hoy los periódicos de todo Londres...

—Muy bien. Supongamos que acepto el trato. ¿Quién me garantiza que yo... no seré su víctima también? Ya ha matado a tres mujeres, señor Cole...

—No. Yo no. Personalmente, nada pude hacerles. Fue ella... esa mujer. Lo hizo todo. Por Dios, venga pronto. No maté a nadie, ni tengo motivos para matarla a usted. Al contrario, le pido ayuda...

—¿Dónde podré encontrarle? —indagó secamente Saddle, hecha un mar de dudas.

—Venga a un lugar del Támesis. Más allá del Puente de Chelsea, en Battersea Park. Junto al primer Pier de Rotten Row. La estaré esperando. Solo y sin armas. Espero que usted también venga sola. De otro modo, no habría acuerdo. Pero dese prisa, por el amor de Dios. Ahora, es mi vida la que peligra.

—Iré. En seguida. Antes, una última pregunta: ¿por qué peligra su vida? ¿Quién le amenaza, señor Cole?

—Ella, precisamente. Esa mujer... —jadeó la voz del hombre—. Sé que va a asesinarme...

Clic.

Habían colgado. Saddle se quedó perpleja, indecisa. Había dado su palabra. La cumpliría. No necesitaba repetir nada a nadie. Estaba allí, grabado. La cinta magnética lo repetiría por ella. Pero ¿debía ir sola a un lugar como Battersea Park, ya oscurecido, a entrevistarse con el hombre más buscado por Scotland Yard?

Tomó una rápida decisión. Llamó a un muchacho de redacción. Le entregó un sobre conteniendo la cassette grabada. Dirigido al inspector Norman Crane, de Scotland Yard, en entrega urgente. El muchacho partió con el mensaje hacia el centro policial.

Y Saddle Windsor partió con su automóvil hacia la zona sur de Londres más allá de Chelsea Bridge. Estaba lloviendo con intensidad, y las luces se reflejaban en el asfalto como en un negro espejo.

En Scotland Yard, un momento antes de que Norman Crane recibiera en sus manos la cinta grabada por Saddle, una mujer visitaba al inspector de la Brigada Especial y le hacía una sorprendente declaración:

—No puedo soportarlo más, inspector. He venido a confesar.

Norman miró, perplejo, a su visitante. Más allá el comisario De Xavier, presente en la oficina, giró la cabeza, contemplando también con atención a la dama.

—¿Confesar... qué, señora Cole? —quiso saber Crane con voz tensa.

—Mis culpas. Nuestras culpas, inspector. De una vez por todas. Un secreto así, quema durante toda una vida.

—¿Sus culpas? Las suyas y... ¿las de quién más?

—De Melissa, de María, de Hazel... Todas fuimos culpables. Quizá yo en menor grado que ellas, pero eso no me exime. Porque debí hablar, debí salvar a aquel desdichado cuyo fantasma me atormenta durante años, como les ocurrió a ellas.

—Por favor, señora Cole, no logro entenderla. ¿Qué culpa tan terrible es esa que la tortura a usted? ¿El haber declarado contra Sherman Voss?

—Ésa es sólo una parte. La más ruin de todas, pero no la peor.

—Me deja usted perplejo, señora. ¿Qué otra culpa mayor puede existir que haber enviado a un hombre al patíbulo sin estar seguras de que era culpable?

—Precisamente la nuestra, inspector —muy pálida, temblorosa, como un ser angustiado y oprimido por un sufrimiento irresistible ya, Verónica Cole se inclinó hacia la mesa del policía para hacer su revelación—. Porque nosotras cuatro SABÍAMOS que Sherman Voss era inocente por completo.

—¿Qué? —jadeó Crane, aturdido, mirándola con incredulidad—. No es posible. Sería monstruoso, señora. Sería, como... como haber cometido un crimen.

—DOS, inspector. Dos crímenes. Porque ellas tres... ellas tres, Melissa, María y Hazel... ASESINARON aquel día en su yate a Rosemary Harris...

En ese preciso instante, llegó a manos de Crane la cinta magnetofónica de Saddy Windsor.

CAPÍTULO VII

EL ROSTRO DEL HORROR

Saddie detuvo su automóvil frente a los tinglados del primer Pier de Potten Row, en Battersea Park. Oscuro y desolado lugar durante la noche. A excepción de las luces que se reflejaban en las negras aguas, como flotando en la espesa oscuridad del lugar, húmedo y desapacible, no había ninguna otra claridad visible. Al otro lado del río, destacaban las ventanas iluminadas del Royal Hospital, como algo lejano y remoto, perdido tras la cortina de fina lluvia insistente.

Saddie había utilizado para llegar allí la ruta de North Drive, y dejó el coche aparcado junto a los árboles del parque. Luego, caminó hacia los muros del Pier, alumbrados por una lívida lámpara colgada de unos cables que oscilaban con el aire.

En el sendero húmedo, charolado, sus tacones golpeaban rítmicamente. La liviana gabardina amarilla se abría sobre sus rodillas, dejando al desnudo parte de sus muslos, visibles por la breve falda. Las botas alcanzaban sus rodillas, dando a su juvenil figura una armonía y atractivo realmente espléndidos.

Pero éstos no eran momentos para que una muchacha de sus encantos deambulara por un lugar tan solitario y apartado. Cualquier otra mujer, hubiera sentido miedo del lugar y de sus posibles peligros. Saddie, no. Era valerosa. Su profesión la había enseñado a serlo. Sin embargo, no podía evitar el sentirse inquieta.

Iba de noche, en solitario, al encuentro de un hombre buscado por triple asesinato. Que él fuese o no el autor material de los hechos, poco importaba. Era el que actuaba como esposo, con falsa

identidad, el que cobraba la herencia y luego se evaporaba, tras dejar su falsa identidad a salvo con una sólida coartada. Cómplice o autor directo, era un asesino.

¿Sería cierta la historia del miedo y del peligro? ¿Había dicho la verdad su interlocutor? Sddie creía que sí. A fin de cuentas, ¿qué interés podía tener nadie en matarla a ella, a menos que fuese un maniaco sexual, cosa que parecía totalmente en desacuerdo con las teorías perfectamente construidas por Crane y por el policía francés?

Claro que podía ser raptada y servir de rehén, para el asesino pactar con Scotland Yard y poder evadirse del país, pero esto se le antojó improbable. Entre otras cosas, porque no sólo no estaba prisionero aún de las autoridades, sino que éstas ni siquiera conocían su verdadera identidad... ni su paradero actual tampoco.

Sddie Windsor siguió adelante, con total resolución. Dispuesta a llegar al final, con todas sus consecuencias. Fuese cual fuese ese final.

—¿Señorita Windsor?

Se sobresaltó. La voz había llegado procedente de la zona de sombras, a su derecha. Un sutil estremecimiento agitó su cuerpo. Miró aprensivamente hacia ella. Tras unos bidones adosados a un muro de alambrada, con el río y unos remolcadores detrás, captó borrosamente la presencia de una sombra humana, agazapada. Un reflejo del bamboleante farol, reveló un sombrero sobre el rostro, el cuello subido de un impermeable oscuro, de brillo.

—Sí —dijo, sin que le temblara la voz—. Sddie Windsor. Vengo sola, como le dije.

—Ya lo veo. Buena chica. No tema nada. Le dije la verdad por teléfono, créame. No tengo el menor motivo para desearle mal alguno.

—¿Qué pretende conseguir, entonces, con este encuentro?

—Ya se lo dije: mi vida. Cuando usted sepa todo, tendrá el material para su gran reportaje exclusivo. A cambio de ello, no pido dinero, sino poderme sentir a salvo de... de ella.

—Ella... ¿No es su cómplice, señor Cole... o como se llame usted? —susurró Sddie, acercándose a la zona de sombra resueltamente.

—Lo ha sido, sí —afirmó la misma grave voz del teléfono. Se

incorporó la figura y Saddle descubrió que era un hombre joven, alto, sin duda atlético. Recordó la fotografía de Verónica Cole. Sin duda, era el mismo hombre. El continuó—. Ahora será mi ejecutora. Y también de Verónica, aunque a ella es a la que menos odia...

—Puso veneno en su té, ¿no es cierto? ¿Fue obra suya, señor Cole?

—Sí. Es el único crimen que iba a realizar personalmente —se lamentó él—. Me alegra que no resultara...

—Pero mató a otro hombre, en la avioneta, para ocupar su puesto en el accidente...

—¿Matar? —soltó una breve risa—. Oh, no. Compré un cadáver en Lisboa, eso es todo. Un pobre diablo sin identificar. No es la primera vez que se hace. Un cadáver calcinado, difícilmente puede ser identificado, si se le dejan encima objetos para que crean que fue otra persona... Pero dejemos eso. Venga conmigo, señorita Windsor.

—¿Adónde?

—A otro lugar. No vamos a hablar aquí. Necesita mi confesión escrita y firmada. Se la daré en el sitio adecuado. Éste es sólo el punto de reunión, compéndalo.

—Sí, claro... —De pronto, Saddle se sintió menos segura. Aunque Crane escuchara la grabación, no la encontraría a tiempo, si lo peor sucedía. Firme, sin embargo, añadió—: Bien, vamos a donde sea. Quiero confiar en usted, pese a todo.

—Gracias —suspiró el hombre—. Es usted una gran chica. Estoy seguro de que elegí bien. Cuando tenga todos los datos en su poder, estoy convencido de que me ayudará en todo esto.

—No puedo ser cómplice suya. Ni encubridora, Cole.

—No lo pretendo. La policía y la Ley no me asustan. Iré a presidio. No hay pena capital. Tampoco cometí crimen alguno directamente. Serán años, muchos años... pero seguiré vivo. Libre, y con ella tras de mí, mi vida no vale un solo penique...

—¿Por qué no acudió a la policía? —insistió Saddle, siguiéndole de mala gana hacia una zona oscura donde se veía la silueta de un coche «Austin» de color muy oscuro también.

—Ya se lo dije. Sólo si la historia se publica, estaré a salvo. Ella es muy lista. Endiabladamente lista... Me vigila. Me persigue, lo sé. Si yo acudiese a la policía, ella se anticiparía a mi intención. Me

mataría antes de entrar en Scotland Yard... Hoy he logrado burlarla porque cree que he ido a matar a Verónica Cole... Envié un telegrama a mi última esposa, avisándola. Creo que habrá ido a la policía. Si es así, estará a salvo... al menos por el momento. Luego, espero que esa maldita mujer caiga en poder de la Ley.

Estaban ya ante el coche oscuro. Saddie miró en torno, disimuladamente, con angustia. No sabía qué hacer. Sólo se le ocurrió abrir su bolso y dejar caer algo sobre el césped, junto al coche de Cole: una carterita de fósforos con el nombre del último club al que había ido con Norman Crane a bailar.

Subió al coche. Cole se puso al volante. El vehículo se puso en marcha. Desesperada, Saddie miró por la ventanilla, en cuyo borde puso el brazo, dejando su monedero medio volcado hacia afuera, sin que Cole lo notara.

Cuando el coche estuviera en marcha, no podría hacer como Pulgarcito, dejando el reguero de granos para ser seguida. Era infantil pensarlo. Pero algo se le ocurriría. Preguntó, mientras sacaba la barra de carmín y se retocaba los labios, pensativa:

—¿Adónde piensa llevarme ahora? Cuando menos, me gustaría saber el lugar...

—No debe temer nada —le sonrió la boca de Cole por el retrovisor, débilmente—. Vamos a un lugar cerca de aquí, a un cobertizo situado tras la Estación de Energía de Battersea, al lado opuesto de Queenstown y del Puente de Chelsea, en esta orilla del río. Es un cobertizo pequeño, en Cringle Street... Yo trabajé antes ahí, y tengo una llave. No nos molestará nadie a estas horas...

Saddie afirmó. El coche arrancaba. Mientras Cole permanecía atento a la maniobra, la mano de Saddie manipuló a ciegas, sobre el espejito de mano, con la barra de carmín.

Quiso escribir: COBERTIZO. CRINGLE ST. POWER STATION. Confió en haberlo hecho relativamente legible. Luego, al arrancar el coche, una mano suya hundió de nuevo el *rouge* en el bolso. Y la otra, dejó caer suavemente al césped su rectangular espejito de mano.

El coche se alejó, hundiéndose en la noche. Maniobró volviendo hacia Rotten Row y Queenstown, en la prolongación del Puente de Chelsea...

La bombilla osciló sobre sus cabezas, tras encenderla Cole con

mano segura, apenas entrados en el lugar, estrecho y húmedo. Luego, cerró tras de sí, mientras aún se bamboleaba la luz, dando cambiantes sombras y zonas de claridad al lugar.

Saddie miró a su alrededor, inquieta. Apenas si habían recorrido en su totalidad una milla, tras dar varios rodeos para salvar los puentes de Chelsea y Victoria, rodear las instalaciones de la Estación de Energía de Battersea, y tras alcanzar Nine Elms Lane, volver hacia la desolada Cringle Street, en su confluencia con la prolongación irregular de Nine Elms.

Alrededor del cobertizo donde acababan de entrar, todo eran instalaciones eléctricas, transformadores y torres de alta tensión, formando el complejo energético de Battersea, frente por frente a Grosvenor Road, en la otra orilla, y la zona londinense de Pimlico. Dentro de la casucha, eran perceptibles los zumbidos y motores de la central inmediata. Pero ello no impedía que las palabras fuesen perfectamente audibles, entre desnudas paredes, salpicadas en su mayor parte por recortes de publicaciones eróticas o abiertamente pornográficas.

Cole tomó unas botellas de refresco de un cajón, y unos vasos de cartón encerado de una repisa, acercándose a la mesa desnuda que aparecía bajo la única lámpara.

—Perdone por todo esto —habló—. Yo no estoy aquí ya. No soy responsable de esas cosas en las paredes, señorita Windsor.

—No importa. Ahora que estamos aquí, me gustaría saber a qué hemos venido.

—Sí, claro. ¿Quiere sentarse? ¿Un refresco?

—No, gracias —se mantuvo en pie, erguida ante él—. Puede comenzar a hablar, señor Cole. ¿Es ése su verdadero nombre, quizá?

—No, desde luego. Ni tampoco Miles o Jones. Nada de eso —se despojó del sombrero, que tiró a un lado. Desabotonó su negro impermeable de tejido plástico. Era un hombre de unos cuarenta años, más atractivo que en las fotografías. Su gesto era sombrío—: Mi nombre quizá no le diga nada. O tal vez sí, si tiene buena memoria. Me llamo Donald Greene.

—Donald Greene... —repitió Saddie, en un esfuerzo de evocación. Sabía que alguna vez había escuchado ese nombre en alguna parte... De repente, creyó recordar—. ¡Ya veo! Usted... usted es Donald Greene... El único testigo que tuvo la defensa... a

favor de Sherman Voss. ¡Un amigo de Voss, el ajusticiado!

—Exactamente. Presté declaración en ese proceso. Traté de salvar al pobre Sherman, pero fue en vano. Ellas pudieron más que yo. Ya sabe quiénes: Melissa, María, Hazel... Verónica fue la que menos papel tuvo en el drama. Sabía la verdad, pero se echó atrás y tuvo miedo... Creo que tuvo miedo de ellas, no de Voss. Por eso me alegro de que el veneno no actuara en su momento. Pobre Verónica...

—¿Miedo... de ellas? —se asombró Saddy—. ¿A tanto llegaba su ferocidad por hundir a Voss... que amenazaron a Verónica para que no hablase?

—Sí, creo que sí. Pese a todo, Verónica dijo algo, muy poco. Se perdió en el resto del proceso. Voss perdió la partida y fue ajusticiado. Ellas vencieron, las muy perras... Sí, señorita Windsor. No me arrepiento de haber visto muertas a Melissa, a María... y de saber que Hazel también moría. Yo me hubiese casado con ella, gustoso, como con las demás, para verla morir como a todas las otras... A fin de cuentas, era un buen ajuste de cuentas, una venganza completa... Y yo obtenía mi buena comisión por ello: todo el dinero de las herencias. Jamás un cómplice de homicidio ganó tanto, sin tocar a sus víctimas...

—Todo el dinero para usted... ¿Y la mujer? ¿Y esa mujer a quien usted teme, la que le acompañó desde Edimburgo, tapándose la cara con un velo?

—Ya veo que saben muchas cosas, pero no la verdad. Ni la sospechan. Ese ridículo retrato publicado en el Weekly y en otros periódicos... Es un fotomontaje absurdo, un truco lamentable. No, no se aproximaron ni de lejos a la verdad, a la espantosa verdad, señorita Windsor. Esa mujer... esa mujer tuvo razones para matar despiadada y fríamente. Fue su revancha cumplida. Lo peor es que está enferma —se tocó la cabeza el hombre—. Enferma mentalmente. Trastornada por muchas cosas... y ahora ya no se detiene ante nada. Cree que yo puedo traicionarla, y está dispuesta a matarme, para que todo termine sin ponerse en claro, sin que nunca llegue a saberse la verdad...

—Pero... ¿qué verdad, señor Greene? ¿Quién es ella, que de ese modo se ha tomado el papel de vengadora de Sherman Voss, el ajusticiado en la horca?

Donald Greene, amigo personal del hombre ahorcado años atrás, miró fijamente a su interlocutora. Luego, negó despacio, con aire sombrío. Había algo extraño en su expresión.

—Ahí está su error, señorita Windsor —musitó—. El error de todos. Ella... ella no está vengando a Voss... Esos crímenes no forman parte de una venganza del hombre ahorcado, o de cualquier persona amiga suya, sino de... de alguien que tiene más motivo que nadie para vengarse a sí misma, al tiempo que venga también la memoria del ajusticiado...

—Y... ¿quién..., quién es esa persona? —preguntó Saddie con voz quebrada, insegura, vencida por la emoción del momento, al sentirse cercana a una revelación que intuía tremenda, alucinante.

—Yo, querida jovencita —dijo de repente una voz fría, glacial, desde la zona de sombras del cobertizo.

Greene emitió un grito, desgarrado, revolviéndose hacia allá con terror. También Saddie giró la cabeza, repentinamente pálida y amedrentada.

La mujer alta, esbelta, con el rostro velado por un tenue tul color humo que colgaba de su sombrero, apareció delante de ellos. Con una pistola automática, provista de silenciador, apuntando a ambos.

—¡Tú! —gimió Donald Greene, lívido, descompuesto, con una luz de pavor en sus ojos repentinamente dilatados.

—Sí, querido... —La voz sarcástica brotó bajo el velo—. ¿Creías que habías podido burlarme, para revelar a una periodista cuanto sabes? No, Donald, no. Eso no es tan fácil. Te vigilé siempre muy de cerca. Sobre todo ahora, tras tu fingida muerte en alta mar y el fin de Hazel. Ahora os he sorprendido a ambos. Os esperaba aquí. Sabía que sería el sitio al que se te ocurriría venir para hablar confidencialmente... Ahora, ambos deberán morir. Lo lamento por usted, señorita... pero no me dejan otra alternativa.

Saddie la miró serenamente, sin temblar en apariencia, sin inmutarse.

—¿De modo..., de modo que usted es... la misteriosa vengadora? ¿Por qué, señora, por qué?

—Va a saberlo en seguida, puesto que a nadie podrá revelárselo... Yo... señorita, soy la que ejecutó a esas víboras. Algo de lo que jamás me arrepentiré. Porque ellas eran asesinas. Ellas...

ellas creyeron que me habían matado. A mí, ¿comprende? Yo... Yo soy Rosemary Harris... la mujer por cuya muerte fue ajusticiado Sherman Voss.

Se arrancó de un tirón el sombrero y el velo. Sddie se vio cara a cara con el rostro de Rosemary Harris, la «muerta» años antes, en un yate incendiado.

Y en el rostro hermoso de Sddie, se reflejó el mismo horror, idéntico pánico indescriptible que el que revelaban las facciones de las víctimas al aparecer asesinadas...

También la bonita faz de Sddie Windsor se convirtió por unos instantes en la auténtica máscara del terror, al ver lo que ocultaba el velo...

CAPÍTULO VIII

TELÓN PARA UNA TRAGEDIA

—Fue aquí —dijo Norman Crane, mirando en torno, inquieto. Volvió a examinar la carterita de fósforos—. Ella lo dejó como rastro de su presencia.

—¿Seguro que es de ella? —indagó el comisario De Xavier.

—Seguro, Estuvimos en ese club la otra noche. Ella lo recordó y dejó aquí su indicio.

—¿Teme que ese Cole la asesine, inspector?

—No lo sé. Puede que, realmente, no pretenda hacerle daño y tenga miedo de esa mujer... Lo que nos ha confesado Verónica esta misma noche, me tiene desorientado, confuso. No sé, hay algo que me parece intuir... pero que no logro definir claramente. Sí, no hay duda de que hemos seguido un rastro equívoco. Nos faltaba saber la verdad sobre la muerte de Rosemary Harris... Saber que esas mujeres fueron las culpables, puestas de mutuo acuerdo en una confabulación monstruosa, sólo porque Rosemary era más hermosa y provocativa que todas ellas, porque no tenía muchos escrúpulos a la hora de poner en acción sus artes femeninas... y porque les robó a todas sus novios o prometidos limpiamente.

—De cualquier modo, hubo desgracia. Ellas pensaron solamente en escarmentarla gravemente. Fue un acto criminal, ciertamente, incendiar su yate. Pero pensaron que saldría con quemaduras, asustada, herida acaso... Cuando el yate se hizo una pira, con Rosemary dentro, ya era tarde para rectificar o intentar algo.

—Sí. Sabemos que solamente una mujer que hacia deporte allí cerca, una bañista, se arrojó desde su patín al agua, para salvar a

Rosemary, y lo único que logró fue salir del yate, con quemaduras gravísimas, su cuerpo llagado, al no llevar sino un bikini encima, y totalmente irreconocible su rostro, abrasado por las llamas, mientras dentro del yate ardía el cuerpo de Rosemary Harris, presa del incendio junto al depósito de combustible de su embarcación. Es cuanto nos ha referido Verónica. Aquella desdichada mujer se lamentaba, en su delirio, de no haber podido salvar a Rosemary. Pero lo cierto es que ella misma quedó seriamente dañada por el siniestro, aunque se negó a comparecer en el proceso, y se limitó a dar testimonio de su subida a bordo y sus esfuerzos titánicos por salvar a la víctima. Era una mujer solitaria, y nadie pudo ayudarla en la tarea, en aquellos momentos de desconcierto terrible... — Crane se detuvo bruscamente, inclinándose sobre el césped de Battersea Park—. ¡Aquí, comisario! Hay algo más...

—Vaya, nuestra joven amiga es muy inteligente... —comentó el francés, al ver el espejito de mano en los dedos de su colega inglés—. Pero mucho me temo que no lleve suficientes objetos consigo como para irlos dejando a su paso por la ruta que lleva ahora...

—No creo que necesite tanto. Saddle es una chica muy inteligente. Debió ser policía, en vez de periodista —mostró el espejo femenino a Gastón de Xavier—. Vea esto. Trazó con una barra de lápiz labial unas letras. Son desiguales y se confunden, pero pueden leerse bastante bien: «Cobertizo... Cringle Street... Estación de Energía...». ¡Creo que sé lo que significa! ¡Vamos, comisario, pronto! ¡Hay que evitar que Saddle corra algún peligro insospechado! Si lo que empieza a bullirme en la cabeza llegase a ser cierto... ese hombre y esa chica están en auténtico peligro mortal ahora mismo...

Subieron precipitadamente al coche de Crane, y éste se lanzó vertiginosamente por las calzadas mojadas, en busca del lugar presentido tras el mensaje de Saddle.

* * *

—Usted... Rosemary Harris... Pero si ella... está muerta...

—Es lo que todos pensaron, empezando por aquellas víboras —habló cansadamente la voz—. Nadie imaginó que la salvadora, la pobre nadadora cercana al yate, Sheila Harvey, era el cadáver carbonizado dentro del yate... y que la persona en bikini, medio

abrasada pero viva, era yo, yo misma... o lo que miserablemente quedaba de mí. ¿Quién podía reconocer en un cuerpo abrasado, en un rostro deforme, quemado, rugoso, en un cráneo de caballos pelados, calcinados, a la hermosa Rosemary Harris, que se había burlado de todas ellas, provocando sus iras y su despecho cruel de mujeres fracasadas?

—Tal vez ellas no pretendieron ir tan lejos.

—No, seguro que no. Pero llegaron muy lejos. Cuando vi arder todo, comprendí que estaba perdida. Entonces... entonces subió a bordo aquella desdichada, mojada, en bañador. Pero cayó asfixiada, sofocada por el humo... La idea cruzó mi mente como una centella. Me despojé de mi bata, entre las llamas. Y de mis *shorts* y blusa. Se lo puse todo a ella. Me puse su bikini... Creo que tardé poco, quizá un minuto como máximo. Lo malo es que estalló entonces el depósito de combustible. Yo no había pensado en ello. Sólo en burlar a las tres arpías y tomarme cumplida revancha de todas y cada una de ellas. La explosión nos alcanzó a ambas. Pero ella estaba junto al depósito y ardió con él... Yo, muy quemada, fui despedida fuera, a cubierta, y de allí al agua... Iba envuelta en llamas. Me salvaron. Dije que había pretendido salvar a Rosemary... Me creyeron. Alguien dijo que yo era Sheila Harvey, una joven deportista. Acepté el fraude. Cuando me recuperé, en el hospital... ya era tarde para intentar salvar a Sherman Voss, el pobre desgraciado. Le habían ejecutado por algo que jamás hizo. Y por culpa de ellas también... Ahí mismo me propuse terminar con todas ellas, lenta e implacablemente... ¿Sabe usted, jovencita, lo que ha significado dejarme ver ante ellas, permitir que me reconociesen, que vieran este espantoso rostro mío de ahora, justo antes de morir?

Saddie miró aquella faz espantosa, informe, convertida en costurones, cicatrices, con un ojo a medio salir de su órbita, con la boca torcida por una deformidad horrible. Con una peluca cubriendo su calvicie llagada.

Era un monstruo. Un auténtico monstruo de pesadilla.

Y alguna vez, había sido una mujer hermosa... Hermosa y codiciada por los hombres.

—Dios mío... —gimió Saddie, impresionada—. Es terrible... Pero usted pudo salvarse entonces y salvar a la mujer que pretendió ayudarla. Fue cruel y arriesgado jugar con el fuego, esperar al final,

sólo para devolver golpe por golpe.

—Ahora lo sé. Entonces no pude pensarlo. Y eso endureció mi espíritu. Me hizo insensible y perversa... Sí, lo lamento, pero... pero así sucedieron las cosas. Y así seguirán siendo, le guste o no. Ya no retrocedo. Soy un monstruo, sí. Pagué caros mis errores. Ahora, que paguen los demás. No perdono. Logré la ayuda de Greene en este plan. Había tanto dinero a ganar, que no se opuso. Ahora es millonario. Y ahora tiene miedo. Quiere dejarme. Venderme. No lo logró. Siento tener que acabar también con usted, pero... no hay otro medio. Bien, acabemos esto de una vez por todas...

El arma automática, cuyo cañón prolongaba la fea forma cilíndrica del silenciador, encañonaba a ambos: a Donald Greene, alias Miles-Jones y Cole, y a Saddy Windsor, redactora del Weekly Mystery, víctima de su propia osadía en aquella circunstancia.

—No pude contar con esto, señorita Windsor —se lamentó roncamente Greene, mirándola angustiado—. Ella era el peligro que presentía. Está como enloquecida. Ya sólo es una máquina asesina, una mujer amargada, endurecida, con el rostro destruido y la mente enferma... Su fealdad interior es muy superior a la externa. Nunca debí prestarme a su siniestro juego. Nunca... ni por todo el oro del mundo. Ése es también un error que debo pagar ahora...

—Patético, mi querido Donald —se mofó ella, sarcástica, con una luz demencial en su ojo vidrioso y deforme, que parecía un saltón globo de vidrio colgando en medio de la deformidad de su rostro abrasado y estremecedor—. Pero te arrepientes un poco tarde de tu parte en el juego. Eres tan culpable como yo misma, no lo dudes. Sólo que tú pagarás... y yo no.

Su dedo se movió en el gatillo. Saddy apretó los labios demacrados, en el rostro color cera. Sus ojos no se desviaron de la monstruosa mujer, a pesar del terror que su presencia le producía. A pesar de la muerte que, de un momento a otro, iba a golpearla fatalmente...

* * *

—Yo no lo haría, señorita Harris —dijo fríamente la voz de Norman Crane—. Es mejor que tire su arma sin dispararla. No merece la pena ya matar a nadie más. Están rodeados. No hay evasión posible...

Ella, la mujer de la máscara de horror como rostro, miró con alucinada ira a Donald Greene, cuando la voz del policía llegó desde una de las polvorientas ventanas del cobertizo, acompañada del crujido del vidrio al ser quebrado por el cañón de un arma.

Sus labios informes, atroces, se desfiguraron más aún, al emitir un alarido ronco, rabiosa, exasperado:

—¡Donald Greene, traidor! ¡Cerdo cobarde...! —Y disparó.

Hizo fuego sobre Greene, girando el arma que poco antes encañonaba a Saddy Windsor, quizá en un intento final de haberle hecho sufrir a su cómplice viendo la muerte previa de la periodista.

Ahora, todo era diferente. Y Rosemary Harris clavó la bala en el cuello de su compinche en la serie de asesinatos.

Greene emitió un alarido roto, reventó su garganta en un raudal de sangre y tejidos desgarrados, y miró con ojos desorbitados de pavor y de angustia a su asesina. Ella rió huecamente, jadeando con rabia, con una contenida complacencia cruel:

—¡Grita, grita, amor! ¡Grita como gritaron tus amores, cuando vieron mi rostro antes de morir! ¡Grita, rata cobarde!

Luego, en un impulso definitivo, se volvió para disparar sobre la ventana. Norman Crane, que nada había podido hacer por evitar el trágico fin de Donald Greene, el misterioso esposo de las mujeres condenadas, si tuvo ahora el tiempo preciso para anticiparse a la despiadada mujer.

Disparó, alcanzándola en el pecho. Ella disparó hacia el techo, agitada por el impacto de bala. Luego, cayó hacia atrás, perdida su arma, y se revolcó por el suelo, con sangre en su torso, quedando inmóvil rápidamente.

Crane cargó contra los postigos encristalados, saltando luego al interior. La puerta cedió también, quebrantada por los impulsos violentos del comisario Gastón de Xavier, arma en mano. Pero ya todo era inútil. La asesina yacía en tierra, no lejos de su última víctima agonizante. Crane se inclinó sobre Rosemary Harris.

—Vive —murmuró—. Comisario, vaya al coche y radie un mensaje urgente a Scotland Yard. Dígales lo ocurrido, y que envíen una ambulancia urgentemente.

—*Oui, monsieur* —se apresuró a afirmar el comisario parisino. Miró a Saddy y le guiñó maliciosamente un ojo—. ¿Todo bien, *mademoiselle*?

—Casi bien —suspiró Saddle, reaccionando de su anterior trance de pánico—. El susto sí tardará en quitarse...

—Bien, ahí se queda con su amigo,

l'inspecteur

, para que la ayude a olvidarlo —rió entre dientes, con malicia típicamente francesa, saliendo del cobertizo de Battersea.

Crane y Saddle se miraron. Ella, de repente, cedió. Su entereza se resquebrajó como una capa de escayola. Estalló en un sollozo y se refugió en los brazos del joven policía.

Sorprendido, Crane la acogió contra sí, tratando de confortarla, con voz animosa:

—Vamos, vamos, ya pasó todo, Saddle. Es lógico que tus nervios cedan. Ha sido demasiado para ti. Por fortuna, eres una chica lista. Seguí tu rastro. Ya sospechaba la verdad, porque Verónica Cole ha confesado cuanto sabía acerca de lo sucedido aquel día en el yate de Rosemary Harris...

—Oh, Norman, creo que nunca veré la muerte más de cerca... ni ésta tendrá un rostro tan espantoso...

—Seguro que no. Pero quedó atrás. Ven, vamos a esperar afuera la ambulancia... Luego, cuando el primer atestado quede a punto, nos iremos por ahí, a cualquier sitio... ¿Sabes una cosa? Ahora sí me gustaría bailar contigo... Y almorzar mañana. Y pasado... ¡Cielos, cuando creí que te perdía, casi me vuelvo loco!

—Norman... —Alzó la cabeza ella, mirándole profundamente—. Norman, ¿eso significa... que sientes algo por mí, realmente?

—Oh, Saddle, ha tenido que ocurrir esto para que lo advirtiera... Pero naturalmente, una periodista brillante, como tú... ¿qué haría, junto a un inspector de policía?

—Lo primero de todo, tener material informativo de primera mano —rió ella, recuperando su envidiable sentido del humor—. Y lo segundo... poder besar cada día al tipo más guapo de todo Londres...

Y aupándose sobre las puntas de sus pies, buscó la boca de Crane, la encontró, y le besó ardientemente los labios.

Norman Crane no falló en su respuesta, tan apasionada como la caricia de ella. Afuera, en la noche, junto al automóvil del policía, el comisario Gastón de Xavier, de la Súreté parisina, se puso a silbar malévolamente una tonada *boulevardière* de su ciudad natal...

Algo así como *Embrass moi bien...*

Pero era probable que ni Saddie ni Crane le escucharan en esos momentos.

FIN

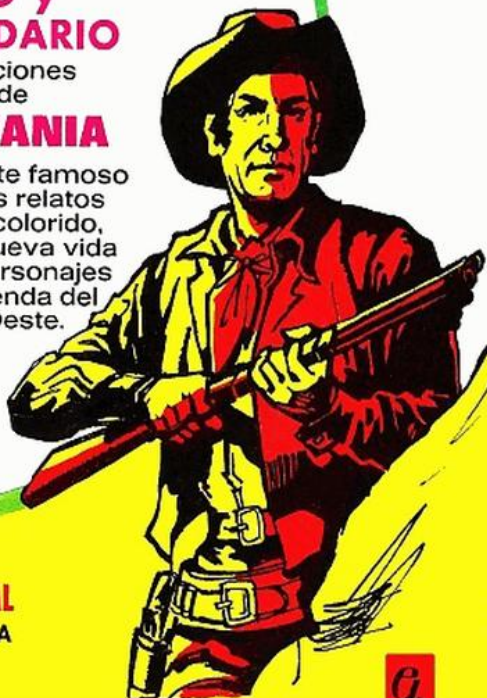
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.